AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

25

GRECIA



LA GUERRA DEL PELOPONESO



GRECIA



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid)

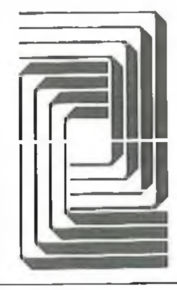
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal:M.17137-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-389-7 (Tomo XXV)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LA GUERRA DEL PELOPONESO

Fco. Javier Fernández Nieto



Indice

Introducción

El conflicto que en las postrimerías del siglo V enfrentó a Esparta y Atenas, seguidas por sus respectivos aliados, durante veintisiete años, constituye un episodio crucial en la historia del mundo griego puesto que por sus consecuencias determinó notablemenmente la evolución posterior de todos los estados griegos, incluso la de aquellos situados en los territorios periféricos del Mediterráneo. Es cierto que la guerra movilizó a la mayoría de los griegos —y afectó también a los neutrales—, que su escenario se extendió desde Sicilia hasta Asia Menor y desde Tracia a Creta; aun descontando los intervalos en que cesaron las operaciones el número de choques e incidentes (tanto en tierra como en mar), de asedios y represalias, de prisioneros y muertos, tejen una crónica larga y penosa que desgastó sin descanso a los contendientes.

Y sin embargo ni por la magnitud de los esfuerzos diplomáticos desplegados antes del inicio y durante toda la lucha ni por la espectacularidad o carácter decisivo de las batallas la Guerra del Peloponeso aventaja a otros conflictos armados que Grecia había conocido, tales como, por ejemplo, las Guerras Médicas. ¿Por qué, en ese caso, la contienda adquirió una indiscutible dimensión simbólica? Probablemente por la crisis que produjo de ideas y tradiciones aniquiladas, por la imagen trágica de sus escenas, por la inmensidad de la ruptura que crea entre ciertos Estados helénicos, por la sensación de agotamiento ante el precio tan alto pagado, por la incapacidad de reconstruir un sistema autónomo de soberanía, porque de nuevo se adivina la sujeción a otras potencias griegas, más tarde a Persia. Suficiente cantidad de motivos, cuya repercusión señalaremos luego, como para avivar en la meticulosa conciencia de Tucídides la certeza de que la Guerra del Peloponeso llegó a ser *la mayor conmoción que sacudió a los griegos y a algunos de los bárbaros, e incluso, por así decirlo, a la mayor parte de la humanidad.*

I. Los antecedentes de la Guerra del Peloponeso

1. Los incidentes previos y el debate sobre las causas

El excurso sobre la *Pentecontecia* en el libro primero de Tucídides está consagrado a distinguir, por una parte, las razones más profundas que condujeron a la guerra —aquellas que se evidencian después de un análisis minucioso de todas las circunstancias anteriores, coetáneas y posteriores al enfrentamiento— y, por otro lado, a recordar los episodios que cabría considerar como ocasiones inmediatas, pero no esenciales, y que fueron esgrimidos como agravios por unos y otros para justificar la abierta iniciación de las hostilidades.

Atenderemos en principio a estos últimos. Los *roces entre Corinto y Corcira en el Adriático*, que datan del 435 a.C., constituyeron el primer acto. La ciudad de Epidamno, antigua colonia de Corcira, no había obtenido ayuda de la metrópoli en la guerra civil que enfrentaba a demócratas y oligarcas. Sus autoridades procuraron entonces que interviniera el gobierno de Corinto, fundadora de Corcira pero enfrentada luego a los corcirenses por motivos políticos y comerciales. Corinto hizo llegar por tierra tropas propias y de sus aliados hasta Epidamno y reunió una flota, con dos mil hoplitas, en la que participaron varias ciudades del Peloponeso, así como Cefalonia, Ambracia, Léucade y Tebas (algunas mediante la aportación de dinero); pero la flota corcirense fue más eficaz y derrotó a la armada de Corinto en el golfo de Ambracia. Después saquearon Léucade y el puerto de Cilene, en el mismo Peloponeso.

Corcira quedó entonces, prudentemente, a la defensiva, mientras Corinto consumió los dos años siguientes en los preparativos de la revancha. A comienzos del 433 a.C. los corcirenses deciden, ante el incremento de los efectivos navales corintios, recurrir a la alianza con los atenienses. En Atenas la delegación de Corcira presentó a la Asamblea la siguiente propuesta: como Esparta ya pensaba en la guerra y Corinto alentaba este designio, que habría de permitirle destruir el poderío naval de Corcira —y simultáneamente impediría que estos barcos se sumaran a los de la Liga marítima ático-délica—, la admisión de Corcira como un nuevo aliado de Atenas reportaría numerosas ventajas a ambos, en concreto la incorporación a la Liga de la segunda flota en importancia dentro del mundo griego y la posibilidad táctica, dada la posición geográfica de los corcirenses, de interceptar los contactos entre los griegos de Occidente y los dorios del Peloponeso. Pero hasta Atenas se había desplaza-



El Erecteo
La Acrópolis de Atenas

do también una embajada corintia, que se opuso a los argumentos de sus antiguos colonos con otra serie de razones: Atenas debía a Corinto el favor de que la liga lacedemonia no hubiera intervenido durante la defección de Samos en el año 440 a.C., con lo que su ingratitud sería doble porque auxiliando a los corcirenses violarían además los principios que inspiraron el tratado de paz de treinta años suscrito en el 446/5 con Esparta, que obligaba también a los respectivos aliados. En cualquier caso, llegaron a sugerir, aceptar a Corcira en la Liga marítima podría contribuir a desatar unas hostilidades hacia las que Corinto, contra lo que allí mismo se había asegurado, nunca sintió inclinaciones.

La Asamblea ateniense se encontró de este modo frente a un difícil dilema, y si en primera instancia se pronunció a favor de las tesis de Corinto, en la siguiente sesión adoptó una solución de compromiso: conceder a Corcira una alianza estrictamente defensiva, lo que suponía protegerlos contra cualquier agresión externa. No era pues ni una declaración de guerra ni una alianza plena que comprometiera a Atenas a tener como enemigos a todos aquellos que lo fueran de los corcirenses, sino solamente la declaración pactada de prestar ayuda a este aliado cuando su territorio fuera atacado. Así es como los atenienses creyeron salvar la vigencia del tratado del 446/5.

Unos meses más tarde ciento cincuenta naves reunidas por Corinto luchan contra las ciento diez unidades de la escuadra de Corcira junto a las islas Sibota. Diez embarcaciones atenienses, mandadas por tres de los estrategos, serán testigos neutrales de la batalla, cumpliendo la orden de no combatir más que en el caso de que la ciudad de Corcira sufriera un ataque. La victoria se inclinó del lado de los corintios, que no se atrevieron a apro-

vechar su superioridad cuando al atardecer apareció un nuevo contingente ateniense de veinte naves e imaginaron que los atenienses acabarían por tomar parte en la lucha. Formalmente no existió transgresión a la paz de treinta años, puesto que la flotilla ateniense no abordó en ningún momento a los corintios, pero éstos denunciaron la actitud de Atenas como contraria al tratado y negociaron su retirada. Con ello los corcirenses salvaron una parte de sus fuerzas navales y Atenas consolidó su presencia e intereses estratégicos en el Adriático y el camino hacia Sicilia.

A la cuestión corcirense sucede la *rebelión de Potidea*, que exacerbó de nuevo las diferencias entre Corinto y Atenas. Emplazada en la península de Calcídica, al norte del Egeo, la ciudad de Potidea había formado parte del imperio colonial de Corinto y continuaba ahora, en que era miembro de la Confederación ateniense, recibiendo de la metrópoli a varios magistrados anuales, los epidemiurgos. Por razones que ignoramos, hacia finales del 433 Atenas tomó una decisión sorprendente, por la que requería a los potidatas para que demoliesen las murallas que cerraban el istmo de Palene, entregasen rehenes y no volvieran a aceptar los magistrados que Corinto nombraba. Sin duda alguna desconfiaba de la situación en Calcídica, en donde debía de sentir amenazados sus intereses tanto por parte de Macedonia y Corinto como por algunos de los aliados propios sujetos a tributo —los estados que constituirían la liga calcídica—, entre los que Potidea tenía capacidad para ejercer una notable influencia.

Una embajada de Potidea hizo profesión de lealtad ante los atenienses e intentó que las medidas decretadas por el pueblo fuesen revocadas; esfuerzo vano, puesto que Atenas reiterará sus órdenes. No negaron en cambio a los potidatas la promesa de ayuda el rey de Macedonia, Corinto e incluso Esparta, tan predispuesta a asistir a Potidea que planeaba, al decir de Tucídides, invadir el Atica si los atenienses atacaban la ciudad de Calcídica. Y así, a comienzos del 432 Potidea hizo defección de Atenas y de su liga, arrastró consigo a otras ciudades calcidias, con las que se federó, y suscribieron una alianza con los botieos. El rey Perdicas II de Macedonia alentó abiertamente el movimiento de insurrección.

Atenas respondió mediante el envío, en dos expediciones, de setenta barcos y tres mil hoplitas; pero antes de enfrentarse a los potidatas los estrategos atenienses tuvieron que intimidar a Perdicas en la propia Macedonia y conseguir apartarlo del conflicto gracias a un acuerdo. Pero también Corinto había aprovechado el tiempo: mil seiscientos hoplitas voluntarios y cuatrocientos peltastas mercenarios —probablemente reclutados en todo el Peloponeso— llegaron desde la metrópoli conducidos por el corintio Aristeo para reforzar la defensa de Potidea seis semanas después del alzamiento. Incapaces de resistir en campo abierto, corintios y potidatas se encierran en la ciudad, forzando a un asedio por tierra y por mar que duraría dos años y medio, hasta el 429, ya iniciada la Guerra del Peloponeso.

Corinto parece haber devuelto el golpe a Atenas. Su decidida intervención en un asunto interno de la liga marítima ático-délica, pues tal es el carácter del conflicto entre los atenienses y Potidea, tampoco cabe denunciarla como un atentado a la paz de treinta años del 446/5 (aunque así lo proclamaran desde Atenas) puesto que respetó las formas; los corintios no habían enviado oficialmente soldados a Potidea, sino que toleraron a Aristeo actuar como agente de enganche en territorio corintio. ¿Acaso el decreto ateniense relativo a Potidea pudo dictarse ante noticias llegadas al Atica sobre el reclutamiento de mercenarios y voluntarios peloponesios destinados a la Calcídica? Lo cierto es

que los atenienses entran ya en campaña no directamente contra la liga de los lacedemonios, pero sí frente a tropas de uno de sus miembros, que recomendaba a Esparta no dilatar por más tiempo la declaración de guerra.

Coincidiendo tal vez con la tensión causada por los sucesos de Potidea votaron los atenienses el famoso *decreto contra Megara*; propuesto a la Asamblea por Pericles, este *psephisma* prohibía a los megarenses el acceso a los mercados del Atica y visitar el resto de los puertos del dominio ateniense. Tampoco es fácil en este punto vislumbrar las razones que promovieron la aprobación de tal medida. Evidentemente para una ciudad, como la del Istmo, con una importante población obrera, que debía importar grano y vender la cerámica y otros productos en la misma Atenas, en las islas del Egeo y en el Mar Negro, el decreto presagiaba un inquietante porvenir comercial, y esta era una realidad que Atenas conocía. Sus autoridades manifestaron que el *psephisma* era simplemente la respuesta a la actitud de Megara por haber usurpado algunos territorios limítrofes del Atica y haberlos cultivado, así como por conceder asilo a esclavos fugitivos.

Pero detrás de esta explicación oficial se ha querido desde antiguo encontrar otros motivos (provocación de Pericles a Esparta para iniciar la guerra en las mejores condiciones o dominar el golfo de Corinto y la ruta hacia Occidente; castigo a los megarenses por haber abandonado quince años antes la liga marítima, o porque intentó ayudar a Samos en el 440 o porque se unió a Corinto en el conflicto contra Corcira). Sin embargo la ciudad de Megara sólo consideró el decreto como una violación al tratado de paz de treinta años —probablemente tan discutible como las señaladas cuando Corcira y Potidea— y no acusó a los atenienses de albergar intenciones hostiles o de haber infringido principios legales comunes a los griegos. No debe por consiguiente extrañar que Tucídides conceda mínima relevancia a esta disputa con los megarenses, por creer que no influyó realmente en el desencadenamiento de la Guerra; sin embargo, después de abierta la contienda contra los lacedemonios la opinión más difundida entre la población ateniense fue que el bloqueo de Megara se había convertido en el detonante de la guerra. De hecho fue defendido obstinadamente por Pericles cuantas veces los embajadores espartanos solicitaron a la Asamblea ateniense, como requisito imprescindible para mantener la paz de 446/5, la derogación del decreto (por privar de independencia a los griegos).

Pero las *razones más profundas* de la Guerra habrían sido, según declara Tucídides, menos visibles aunque más eficaces. En el fondo se reducían, a su entender, a un problema de antagonismo irreductible: el crecimiento del poderío ateniense generó en los espartanos tal suerte de temores que la guerra se hizo inevitable. De este profundo miedo de los lacedemonios, incubado desde el final de las Guerras Médicas y la fundación de la liga marítima ático-délica, los incidentes de Corcira, Potidea y Megara no eran sino un simple corolario, puesto que la oposición entre ambos estados era ya irreductible: las diferencias entre democracia y oligarquía, el contraste entre las concepciones políticas, sociales y civiles de cada parte, la manera distinta con que se entiende desde Esparta y Atenas el papel director de una confederación helénica —el imperialismo o la hegemonía al frente de los propios aliados— y cómo debía armonizarse con el mantenimiento de la autonomía de todas las ciudades, quizá la angustia de pensar que en un día no lejano toda Grecia dependería de Atenas para su subsistencia, conducían a la necesidad de un conflicto entre ambas hegemonías.

Partiendo de todas estas consideraciones —el convencimiento en la existencia de causas graves y meros pretex-

tos— se han formulado tradicionalmente una serie de tesis que enlazaban la idea sobre las causas con la de la responsabilidad de la Guerra. Y desde el mismo instante del estallido nuestras fuentes históricas hicieron a Pericles objeto de fuertes críticas como verdadero culpable del conflicto, y una parte de la historiografía defiende por ello el punto de vista de que los atenienses, incitados por aquel gran estadista, encendieron la mecha cuando estimaron que más convenía a sus intereses. Otros, como Ste. Croix, se inclinan por lo contrario: el único motivo de la Guerra era el recelo de Esparta ante la firme posición que Atenas había logrado cimentarse en Grecia, que amenazaba su explotación de los hilotas y, en definitiva, su propia existencia (Ste. Croix minimiza el decreto contra Megara como una medida que únicamente buscaba la humillación de los megarenses).

No han faltado, por último, quienes han apuntado hacia la primacía de las causas económicas; la rivalidad entre dos grandes potencias comerciales, a saber, Corinto y Atenas, que se disputan encarnizadamente los productos del norte del Egeo (Potidea, Calcídica, Macedonia y la madera para la construcción naval) y las rutas y contactos con el Adriático, Magna Grecia y Sicilia (incidentes de Corcira), habría desembocado en esta contienda imparable por los mercados recíprocos. Atenas por un lado, Corinto y Megara por otro, compartirían a la postre la responsabilidad de la Guerra.

¿Es preciso tras la descripción de los síntomas pronunciar un diagnóstico? Sin duda no es posible, pues no comprendemos en qué forma se relacionan y qué reacciones producen. Hubo causas graves y profundas que lanzaron a una mitad de Grecia contra la otra, pero también circunstancias que fueron más fuertes que la voluntad de resolver las diferencias mediante negociaciones. A fin de cuentas las fuentes contemporáneas, entre las que deben contabilizarse algunas inscripciones, insisten estrictamente en el dominio político de Atenas y en la sensación generalizada de pérdida de autonomía —la dureza con que Atenas imponía su ley— como elemento fundamental de la hostilidad antiateniense.

2. Atenas y Esparta en la víspera de la guerra

En el otoño del 432 los corintios, los megarenses y los eginetas se encuentran ante la asamblea de los ciudadanos espartanos, la denominada *apella.* Allí expondrán todas sus acusaciones contra Atenas, por no haber respetado la independencia que la paz de 446/5 les concedía, y acabarán solicitando a Esparta que pase ya a la acción. Una delegación ateniense, presente a la sazón en Laconia, tomó a su cargo la defensa de la Liga marítima insistiendo en la legitimidad de su imperio, sin dejar de mostrar la gravedad que supondría una guerra, e invitando a los lacedemonios a recurrir a un arbitraje conforme estaba previsto en el tratado de treinta años. Frente a los consejos del viejo rey Arquídamo, partidario de la conciliación, la *apella* vota por mayoría que los atenienses son, en efecto, culpables de haber roto las cláusulas del tratado de 446/5. Los decididos a no seguir en paz con Atenas habían conseguido así su primera victoria, y aunque no se trataba de una declaración de guerra se anunciaba a las claras que las relaciones entre ambos estados ya no estaban regidas por el derecho.

Pero esta resolución afectaba sólo a Esparta y debía ser ratificada por el conjunto de la Liga del Peloponeso si los espartanos querían conducir a sus aliados a la guerra. La diplomacia corintia trabajó sin desmayo, e incluso se extrajo al oráculo de Delfos la sentencia de que los lacedemonios obtendrían un claro triunfo con el con-

Los estados beligerantes



curso de Apolo. Convocados a una reunión, los miembros de la confederación peloponesia se pronunciaron mayoritariamente por la lucha armada, aunque Corinto hubiera de vencer con sus argumentos la resistencia de algunos de ellos: la tarea futura fue definida como una guerra justa para liberar a los griegos esclavizados por la tiranía ateniense.

Se había alcanzado un estado de guerra virtual y se esperaba cualquier ocasión legítima para emprenderla. En el invierno del 432/1 Grecia entera vive momentos especiales: mientras las dos potencias efectúan sus preparativos y en el interior de todas las ciudades crece la tensión, se entabla una competencia diplomática entre Esparta y Atenas no para llegar a un acuerdo, sino con el objeto de demostrar la culpabilidad de su adversario.

3. Las últimas negociaciones

Apoyados por el voto de sus aliados los espartanos tomaron la iniciativa y despacharon a Atenas varias embajadas que, sucesivamente, plantearon nuevas y más duras exigencias. Se comenzó por desacreditar a Pericles recordando el antiguo crimen sacrílego de los Alcmeónidas (632 a.C.) y la obligación ateniense de desterrar a este descendiente de aquel impuro linaje; como Pericles se había distinguido, cual escribió Tucídides, por oponerse en todo a los lacedemonios y no permitir que se cediera ante cualquiera de sus peticiones, el golpe de Esparta parece ir encaminado a minar su prestigio entre la masa supersticiosa de la Asamblea. Los atenienses se limitaron a responder que Lacedemonia tendría que expiar ante los sacrilegios cometidos sobre hilotas suplicantes, a quienes dieron muerte en el santuario de Poseidón de Ténaro, y sobre la persona del rey Pausanias, emparedado vivo en el templo de Atenea *Chalkioikos.*

Las siguientes misiones centraron su tiempo en asuntos políticos. Solicitaron a los atenienses levantar el asedio de Potidea, restituir a Egina su independencia y, en particular, derogar el *psephisma* sobre Megara, pero vieron todas sus demandas rechazadas. El postrer intento consistió en ofrecer a Atenas el mantenimiento de la paz siempre que respetaran la autonomía de todos los griegos. Formulado en tales términos, el llamamiento de los espartanos se dirigía a los griegos en general, y de un modo más directo a los aliados de Atenas en la Liga marítima, puesto que definía la postura que Esparta adoptaba ante los hechos. Pericles demostró en la Asamblea que la propuesta era también inaceptable, pues si cedían en cualquiera de las medidas acordadas pronto recibirían nuevas y mayores exigencias; Esparta no contestaba a la propuesta ateniense de someter las diferencias a un arbitraje, y ésta era la única solución viable: no obedecer las órdenes de extraños, regular los litigios mediante la aplicación del derecho, conforme al tratado de paz de treinta años y en pie de igualdad, y no arredrarse frente a las amenazas, sino preparar la defensa en previsión de ataques.

La Asamblea ateniense apoyó sin titubeos los puntos de vista de Pericles. Los enviados de Esparta se retiraron, con lo que se puso fin a las negociaciones. Atenas retenía el predominio en el Egeo, el auge de sus intereses económicos y de su influencia en muchas partes de Grecia, su papel hegemónico en el interior de la Liga áticodélica; ambos estados habían intentado poner de su parte a la opinión pública de las ciudades indecisas o neutrales, aunque los afanes de la confederación lacedemonia apuntaban asimismo, cuando proclamaba la defensa de la autonomía política y de la libertad de comercio en toda Grecia, a quebrantar la solidaridad de los aliados atenienses.

4. Los efectivos materiales y los estados beligerantes

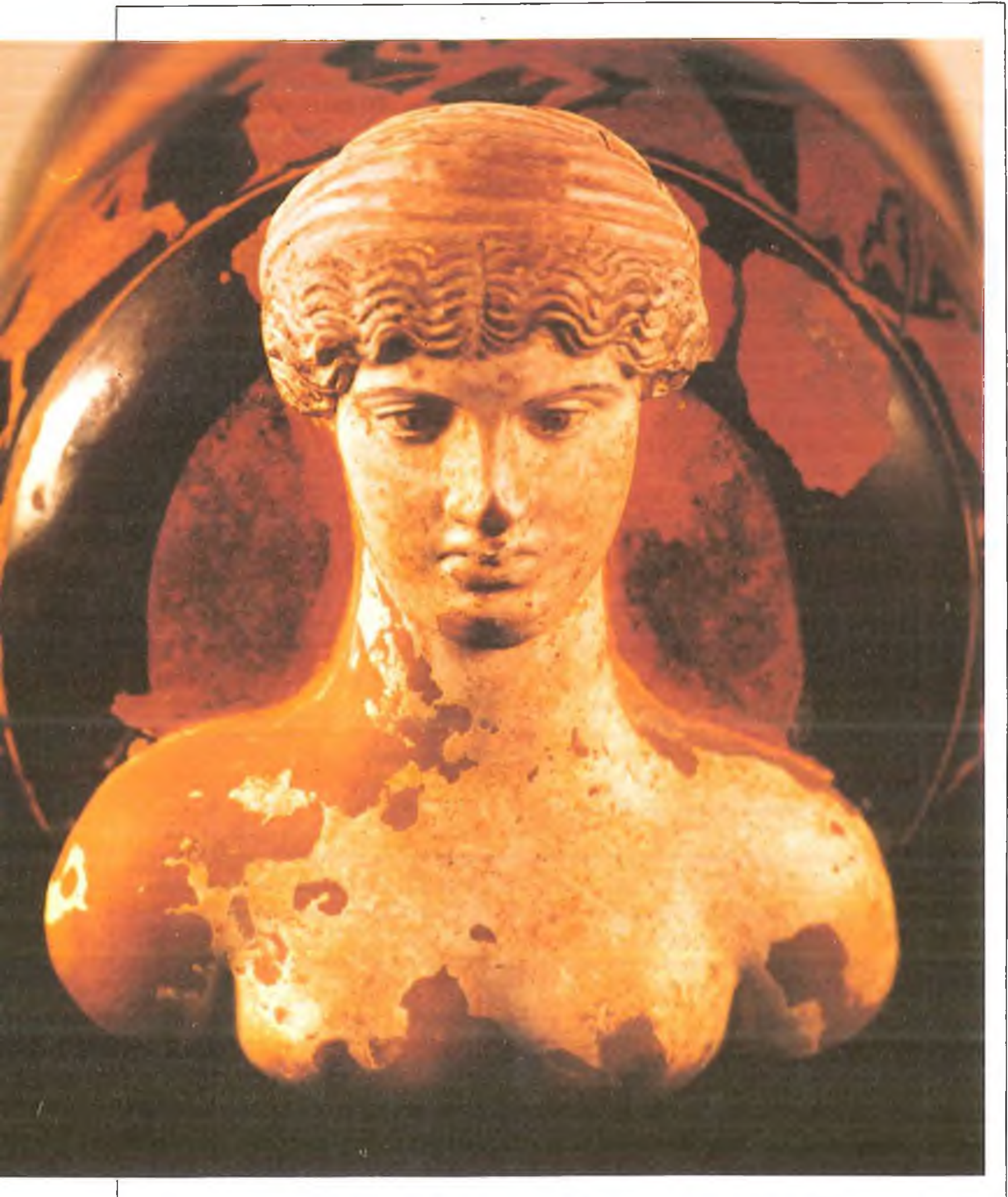
En virtud del sistema de alianzas, la Guerra del Peloponeso se perfiló como un conflicto entre dos grandes confederaciones, no entre ciudades eventualmente auxiliadas por algún aliado (tal como fue característico en épocas anteriores y todavía ocurrió, conviene recordarlo, en el episodio bélico surgido entre Corcira y Corinto). Ambas ligas se hallaban equilibradas en cuanto al número de estados que las componían y sus fuerzas eran bastante parejas, aunque muy distintas.

La *Liga del Peloponeso,* cuya cabeza es Esparta, cuenta en su seno con todos los estados peloponesios, excepto Argos y Acaya. Integra también a Megara, la ciudad comercial del Istmo, y por medio de acuerdos especiales con los espartanos formaban parte del consejo federal los focidios, los locrios o puntios y los beocios (salvo Platea). Aun no siendo miembros de la liga, entre los efectivos de este bando deben contabilizarse las ciudades aliadas o sujetas a determinados estados que sí lo eran, así como aquellas que, por diversos motivos, abrazaron la causa peloponesia: Léucade, Ambracia, Anactorion en el Adriático, Tarento y Locros en la Magna Grecia, Siracusa y el resto de las ciudades dorias (menos Camarina) en Sicilia. Los aliados de Esparta en la Grecia continental constituían pues dos bloques compactos que cerraban al oeste y al norte las salidas de Atenas y oponían un amplísimo frente de guerra al territorio ático.

Las fuerzas de la liga lacedemonia poseían incuestionablemente la superioridad por tierra: Esparta y sus aliados disponen de un potente ejército, pero carecen prácticamente de escuadra; no obstante siempre alimentaron la esperanza de que sus amigos de Occidente (Tarento y los griegos de Sicilia) aportarían una nutrida flota —hasta de 500 barcos— y los medios de financiamiento necesarios. La infantería espartana era la base del ejército peloponesio, aunque ascendía sólo a una décima parte del total de los hombres (unos 4.000 soldados). De ellos, menos de la mitad eran espartanos de pleno derecho, mientras que el resto de combatientes lo suministraban los periecos; las formaciones constaban tanto de contingentes ordinarios (*lochai, morai*), que poseían un número variable de componentes, como de algunas unidades extraordinarias creadas con hilotas, neodamodas e incluso mercenarios. El cuadro se complementaba con la guardia regia y un escuadrón de 300 jinetes.

Después de proceder a reclutamientos masivos los aliados de la Liga lacedemonia obtenían una serie de regimientos que se incorporaban a las divisiones laconias y quedaban a las órdenes de oficiales espartanos; la formación resultante adquiría así el carácter de una prolongación o refuerzo del ejército de Esparta. Los efectivos de caballería, suministrados principalmente por los beocios, se elevaban a 1.600 jinetes. El total de la movilización de la Liga peloponesia cabría, en teoría, estimarlo en unos cuarenta mil soldados (cálculo del conjunto de los hombres disponibles, que no llegó a estar enrolado ni en campaña).

Sin embargo, no había de resultar tarea fácil dirigir y organizar estas fuerzas, pues se trataba de un ejército habituado a las guerras convencionales griegas, de corta duración, que se decidían en campo abierto a lo largo de una o dos campañas, milicia en la que junto a combatientes selectos (los espartanos, algunos grupos peloponesios de notables y propietarios) forman cientos de campesinos y artesanos poco marciales. Y la Guerra del Peloponeso se prevé como un conflicto prolongado, cuyo peso militar recaerá por tanto sobre cuerpos reducidos —lacedemonios, clases acomodadas de Corinto, Beocia, Megara, Elide— y cuyas consecuencias económicas continuadas harán cundir el desánimo en



El conocido epinetron de Eretria
(Hacia el 425 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

los más menesterosos. Pero además la Liga carece de suficientes recursos fijos para sufragar los gastos militares: las tropas no reciben sueldo y deben mantenerse sobre el terreno —a menudo sin generar agravios ni incumplir las re-

glas comunes de los griegos—, y las mínimas cantidades aportadas por los aliados se consumen en equipamiento y bagajes. El mayor esfuerzo económico de la alianza se destinó, sin duda, a la preparación de una flota, y los modestos éxitos alcanzados en la persecución de este programa obedecen no sólo a la tenacidad de Corinto, sino también a la ayuda en metálico recibida de Persia.

Efectivamente, el número de barcos reunidos por los peloponesios (fletados por Corinto y Ambracia, Megara, Elide y Sición) nunca fue superior a una cuarta parte de la armada ático-délica, y las pérdidas sufridas en el primer decenio obligaron durante la guerra a la construcción de más de cien navíos. A este problema cabe añadir el de la heterogeneidad de las tripulaciones (periecos, hilotas, remeros a sueldo) y la escasa preparación de la oficialidad, perceptible desde los jefes de remeros hasta el comandante supremo, el navarca nombrado por Esparta (cargo que recayó incluso en un perieco con experiencia naval). Sólo en las postrimerías de la guerra, bajo el mando de Lisandro, la escuadra lacedemonia igualará, superándolo, el dominio ateniense sobre el mar.

En el bando opuesto, la influencia de la *alianza ateniense* es, desde luego, más dispersa, pero presenta la ventaja de poseer mayor número y movilidad de las bases de operaciones. Entre las cerca de 200 ciudades que conformaban la Liga, casi todas contribuían a su poderío mediante el pago del tributo federal, mientras que otras, como Quíos o Lesbos, aportaban su propia escuadrilla naval. La posición que ocupa Atenas en el Egeo será verdaderamente inmejorable, pues todas las grandes islas, salvo Melos, reconocen su hegemonía. Por razones de amistad o mediante pactos otros estados griegos no



Lecito ático de fondo blanco
(Fines del siglo V a.C.)
Museo Nacional de Atenas

incluidos en la Liga marítima colaboran en la causa ateniense: en la Grecia Central, las principales ciudades de Tesalia (Larisa, Feras, Farsalo, Cranón) envían refuerzos a la caballería ática; Platea, en Beocia, se convertirá en un símbolo de la fidelidad a Atenas; en Occidente estarán a su lado los acarnanios y los mesenios de Naupacto, las islas de Corcira, Zacinto y Cefalonia, y las ciudades de Regio y Leontinos (probablemente también otras, como Catania y Egesta) mantienen desde Italia y Sicilia tratados bilaterales de alianza con Atenas. El Estado ateniense controla, por último, varias cleruquías, colocadas en puntos estratégicos del Egeo y colonizadas sólo por soldados de Atenas, las cuales cumplen eficazmente el papel de centinelas.

Sin ser desdeñable, la fuerza terrestre de los atenienses no tenía parangón con la de sus oponentes. En el año 431 el propio Pericles, como nos transmite Tucídides, efectuó el recuento: eran trece mil hoplitas en servicio activo junto a dieciséis mil hombres destinados a tareas de vigilancia y defensa de lugares fortificados (jóvenes en situación premilitar, veteranos, metecos inscritos como hoplitas), todos ellos con escasa experiencia en batallas abiertas. Los efectivos de caballería ascendían a 1.200 jinetes, cifra incrementada a menudo por el concurso de caballeros tesalios.

Mas el panorama cambia por completo en lo relativo a la armada, por la que Atenas ha apostado sin titubeos. Al estallar la contienda se hallan listas para hacerse a la mar 300 trirremes atenienses, cuya eficacia se complementa con algunas naves de transporte, y anualmente el Estado equipara a la marina con otras nuevas trirremes salidas de los arsenales del Pireo. La Liga marítima cuenta asimismo con las flotillas de Quíos, Lesbos y Corcira, capaces de botar más de cincuenta naves en cada expedición. Frente a la menor competencia de la marinería lacedemonia, el equipamiento de las embarcaciones de la confederación ático-délica es sumamente cuidadoso: excelente material de navegación, tripulaciones con experiencia y entrenamiento que estaban compuestas tanto por ciudadanos atenienses de la última categoría del censo como por metecos y remeros a sueldo enrolados en los distintos puertos del dominio de la Liga.

Esta superioridad naval era exactamente el resultado de una acertada política económica respecto a la inversión de los ingresos del Estado ateniense, y la prosperidad financiera alcanzada en los años anteriores a la guerra permitía seguir fomentándola sin grandes restricciones. Atenas había acumulado una reserva de seis mil talentos (los mil últimos talentos se empezaron a gastar en el año 412 pues constituían, según hizo aprobar Pericles en la Asamblea, un fondo especial al que sólo se habría de recurrir en caso de extrema necesidad). Del tributo federal, al que se unían los plazos de la indemnización de guerra de Samos y otras pequeñas contribuciones, se obtenían cada año 600 talentos, y alrededor de sesenta anuales de las rentas sacras. Se podía además tomar en préstamo, llegado el momento, el oro y plata de los objetos preciosos conservados en los templos y santuarios por un valor no inferior a mil doscientos talentos.

Todos estos recursos exigían, con todo, ser bien administrados. El asedio de Potidea había reducido la reserva de seis mil talentos a 5.700, y la experiencia de la campaña contra Samos y Bizancio en el 440 demostraba que el funcionamiento normal de la flota precisaba consumir más de mil talentos anuales; esto significaba que, contando con los ingresos ordinarios de cada año, Atenas podía mantener su capacidad ofensiva durante mucho tiempo, máxime cuando nunca llegó a equipar toda la armada a la vez (habría tenido que pagar su sueldo a más de

sesenta mil remeros), sino solamente un tercio de las trirremes, siempre listas para cualquier operación. En principio, por consiguiente, en los planes atenienses no figuraban ni la modificación de las tarifas del tributo impuesto a los aliados —será la multiplicación imprevista de los gastos lo que forzará a aumentarlas— ni la percepción entre los propios ciudadanos y los metecos de la *eisphora*, el impuesto excepcional de guerra, pero se imponía la doble precaución de limitar el número de dotaciones navales y economizar convenientemente los sueldos.

5. La concepción estratégica de la guerra

Puesto que cada adversario disponía de ventaja en un medio diferente (los peloponesios por tierra, la confederación ateniense por mar), era lógico concluir que no se debía luchar al estilo y en el terreno más propicio al enemigo, sino más bien explotar la superioridad parcial mediante el desgaste continuo de los oponentes. Este proyecto se reforzaba además por el objetivo final que ambos bandos habían asignado a la guerra y por la disposición mental con que se abordaba. Desde el punto de vista de la Liga lacedemonia la contienda poseía un carácter preventivo; las ciudades autónomas que componen la alianza persiguen reducir el poder ateniense en el mundo griego para obtener o consolidar su particular provecho; sus exigencias a los otros aliados son mínimas, pero están firmemente ancladas en la antigua tradición militar —sentido local del honor, obediencia a las reglas, sentimiento de soberbia, sacralización supersticiosa de las normas griegas—, lo que conduce a rehuir peligrosas innovaciones, siempre evitadas por los generales espartanos.

El planteamiento ateniense tampoco dejaba de ser conservador, Atenas ejercía sobre sus aliados, los miembros tributarios de la Liga, un poder absoluto que no consiente reparos en su forma de entender la hegemonía. La complejidad que había alcanzado ya el gobierno y administración de los asuntos del Imperio marítimo recomendaban no aprovechar la guerra para extender sus áreas de dominio, sino defenderlo y afianzarlo donde más conviniera a su política; no corría pues grandes peligros mientras mantuviera íntegra su posición, pero le amenazaban seguros riesgos, originados incluso en la propia Liga marítima, en cuanto los daños la debilitasen. Su fuerza dependerá así de la modernidad y preparación de la armada, de la rapidez con que defienda sus enclaves y contrataque a espaldas del enemigo, de una cierta dosis de audacia en la táctica militar.

Los planes estratégicos quedaron pronto perfilados con nitidez. Si los espartanos querían decidir la Guerra mediante una clara victoria, obtenida en una gran batalla que diezmara la infantería enemiga, Pericles tratará en todo instante de no perder ni un solo hombre en encuentros formales, pues mantendrá al ejército a seguro para exponerlo únicamente en golpes especiales, retirándolo luego. La aplicación práctica de esta estrategia se efectuó mediante los siguientes pasos: toda la población del Atica se replegaría al interior de Atenas, pues era necesario abandonar la campiña y no aceptar ningún combate en regla para defenderla, y quedaría allí alojada fortaleciendo la imponente plaza formada por la Acrópolis y Atenas, los Largos Muros y el Pireo. En otros puntos de importancia, dentro y fuera del Atica, se instalarán también sólidas guarniciones. La marina hará el resto: el dominio que ejerce desde el Adriático al Mar Negro abastecerá de cuanto precise a esta Atenas, convertida en una isla que puede renunciar a todos los productos de su territorio, y gracias a su movilidad efectuará continuas incursiones en país enemigo, trasladará a partes escogidas del ejército para



Estatua de atleta, procedente de Sición (Hacia el 420-410 a.C.) Museo Nacional de Atenas

invadir y saquear las comarcas indefensas de los espartanos y de sus aliados, estará en todas partes y no podrá ser golpeada en ninguna.

Naturalmente el proyecto era delicado y requería una buena armonización de todas sus fases, pero también suficiente identificación con él por parte de toda la población. Los problemas le vendrían al Estado a raíz de circunstancias que no estaban previstas: el alojamiento no se llevó a cabo en buenas condiciones, la miseria y el pesimismo que generan los asedios habrían de debilitar la moral de un conjunto civil tan heterogéneo, el soportar impotentes las devastaciones del Atica excitaría el desánimo del campesinado y, por último, la inacción provocaría fisuras en el espíritu militar. Quizá todo se habría tolerado en caso de que la Guerra tuviera corta duración, pero lo cierto es que no fue así, y por añadidura, desde el año 430 la peste hizo estragos entre los atenienses.

A su vez la estrategia de la Liga lacedemonia se halla técnicamente fijada tanto por su propio potencial como por la concesión territorial de los atenienses. Bastaba aplicar una táctica simple: para provocar una batalla decisiva hay que invadir en determinados momentos el Atica, todas cuyas entradas están controladas por beocios y megarenses, y asolar sus campos; es la única forma posible para lograr que el ejército adversario, inferior en número y calidad al del Peloponeso, abandone el cómodo refugio que brindan las murallas de Atenas. La táctica se complementa con la defensa naval del golfo de Corinto, en donde se concentrará la flota de la alianza espartana, y con una insistente labor política encaminada a provocar el descontento entre los aliados de Atenas o a ganar para la causa a algunos estados neutrales. El resto consiste en esperar a que Atenas, cuyo aprovisionamiento por mar no cabe entorpecer, quiera aceptar el desafío de medirse con las filas peloponesias.



Lecito ático de fondo blanco. (Detalle)
(Fines del siglo V a.C.)
Museo Nacional de Atenas

II. Las campañas y operaciones de la Guerra del Peloponeso

1. La Guerra Arquidámica o de los Diez Años

La primera fase del conflicto recibe el título de Guerra Arquidámica por el nombre del rey espartano que dirigió la invasión del Atica, pero es también conocida como Guerra de los Diez Años porque su duración abarca el período comprendido entre abril del 431 —ataque contra Platea— y marzo del 421 —cierre de la paz de Nicias—.

La guerra de Pericles (abril 431-septiembre 429)

Después de las fallidas negociaciones celebradas en Atenas por los espartanos resultaba claro que las hostilidades se declararían al menor pretexto, pero el primer incidente que marcó la señal del ataque llegó en un lugar e instante inesperado. Para protegerse contra un fiel aliado ateniense enquistado en su territorio los tebanos acometieron de noche la ciudad de Platea, cuya entrada les fue franqueada por una facción de plateenses protebana. La población supo sin embargo organizar una improvisada resistencia desde las casas y las barricadas, puso en desbandada a una parte de los asaltantes e hizo prisioneros al resto (ciento ochenta hombres). Cuando el grueso del ejército de Tebas avistó Platea no tuvo otra opción sino negociar, y más tarde tomó la decisión de retirarse. ¿Lo hicieron en virtud de un acuerdo formal con los plateenses, sancionado mediante juramento de no atentar contra la vida de los cautivos? Tal fue la versión de los tebanos, desmentida por las autoridades de Platea, para quienes las conversaciones habrían terminado sin aprobarse ninguna propuesta.

Lo cierto es que en cuanto la milicia tebana había traspasado las fronteras plateenses todos los soldados prisioneros fueron degollados; de nada sirvió que los atenienses llegaran apresuradamente a Platea con la intención de apaciguar a sus aliados: la matanza se había ejecutado. El tratado de paz de treinta años salta en pedazos: a un ataque a traición sucede una venganza impía, nacida del perjurio; frente a enemigos de esta especie queda justificado cualquier exceso, tal parece ser la consigna que circulará por ambos bandos. Atenas envía refuerzos a Platea, evacúa a los no combatientes —ancianos, mujeres y niños plateenses— y los traslada al interior de su fortificada urbe, arresta a todos los beocios que sorprende en el Atica; cuando se conoce la noticia de que el heraldo despachado a Megara para pedir la indemnidad de la comarca del santuario de Eleusis ha sido ajusti-

ciado Atenas vota contra los megarenses una guerra implacable. Esparta y los peloponesios concentran sus tropas en el Istmo, a solicitud de los tebanos, y el rey Arquídamo mostró un último gesto de concordia ante los griegos enviando hasta Atenas a un parlamentario, que no fue recibido.

Un mes después del asalto a Platea los preparativos de cada bando han concluido. Merced a las indecisiones del rey Arquídamo y al lento avance que imprime al ejército peloponesio, Pericles, que goza de plenos poderes como estratego, ha tenido tiempo para disponer la defensa: refugia al campesinado tras las murallas de Atenas e instala a otras familias en Eubea y en las islas vecinas, redobla la guardia en la ciudad y el puerto, en las fortificaciones y en los arsenales, envía flotillas a los puntos estratégicos y tropas a los estados de la Liga marítima más expuestos. El Helesponto recibe especial vigilancia para asegurar el paso del trigo del Mar Negro. Arquídamo sólo encontró un terreno despoblado: las fuerzas lacedemonias quedarán instaladas en el demo de Acarnas y durante un mes devastarán las cosechas maduras, destruirán los olivos y las vides. Luego, ante los problemas de abastecimiento, se retiraron sin haber logrado provocar la salida de los hoplitas atenienses y licenciaron a los soldados de los distintos países de la alianza.

La respuesta de Pericles fue inmediata. Cien trirremes zarpan del Pireo llevando a bordo mil infantes y cuatrocientos arqueros, se reúnen con otras cincuenta naves de Corcira y efectuán ataques por sorpresa contra Mesenia, Elide y Acarnania (Astaco y Solio, ciudad esta última que arrebatan a los corintios y entregan a los acarnanios). La presencia de la escuadra obró además, sin lucha, la integración de la isla de Cefalonia en la alianza ateniense. Otras operaciones por mar y tierra redondearon el contraataque; una flotilla desembarcó en la Lócrida, al norte de Beocia, y fortificó el islote de Atalanta, afianzando con ambas medidas la seguridad de Eube. Se procedió a la expulsión de todos los habitantes de Egina, que fueron instalados en la Cinuria del Peloponeso por los espartanos, y la isla fue entregada a una colonia de clerucos; a finales del otoño se invadió el territorio de Megara con el ejército y fue objeto de represalias por los daños sufridos en el Atica. En cuanto al asedio de Potidea las esperanzas se renuevan después del tratado de alianza concluido con el rey Sitalces de Tracia, de enorme valor para el aprovisionamiento de los atenienses en el norte de Grecia y como contrapeso a la confederación de ciudades calcídicas. El primer año de guerra ha activado, sin duda, la reacción de Atenas y Pericles se enorgullece de ello al pronunciar el discurso fúnebre por los caídos en el campo de batalla.

La epidemia de Atenas y la desaparición de Pericles

Hacia finales de la primavera del 430 regresa al Atica el ejército laconio conducido por Arquídamo y permanecieron cuarenta días asolando la península hasta el distrito de Laurión. En esos días se presentó también un enemigo más terrible contra el que no cupo defensa: la enfermedad infecciosa que se adueñó de Atenas y de algunos otros enclaves de la Liga por dos años y rebrotó luego con menor ímpetu (430/29, 426/5). El camino de la peste se encuentra trazado verosímilmente en Tucídides: incubada en Etiopía, la plaga alcanzó Egipto y Libia primero y desde allí alcanzó Asia Menor; más tarde un barco procedente de alguno de los lugares mediterráneos afectados la trajo hasta el Pireo. La epidemia prendió perfectamente sobre el cúmulo de población refugiada en Atenas, aterrorizada por aquel espectáculo de muerte y desolación. En cuatro años un tercio de los



Lecito ático de fondo blanco
(Fines del siglo V a.C.)
Museo Nacional de Atenas

atenienses (proporción que se dio asimismo en el ejército), entre ellos el propio Pericles, habían de ser sus víctimas.

Los efectos de la enfermedad y las etapas de su curso fueron bien descritos por Tucídides; sin embargo, fuera de su carácter de epidemia infecciosa no ha sido posible determinar si se trató de una forma de tifus o de fiebre pestilencial. La primera consecuencia de la expansión de la plaga fue que los peloponesios abandonaron sin tardanza el Atica; el estado de guerra y el aislamiento severo que se impusieron —cualquier prisionero de la Liga ateniense era automáticamente eliminado— permitió evitar que la plaga pasara al Peloponeso o a Grecia Central. Los atenienses, en cambio, no lograron imponer una cuarentena eficaz: cuando regresó de devastar el territorio de Epidauro una escuadra de 150 trirremes (sumadas las de Quíos y Lesbos) que transportaba, bajo el mando de Pericles, cuatro mil hoplitas y trescientos jinetes, se ordenó de inmediato que partiera hacia la Calcídica; pero las tropas ya estaban contagiadas y transmitieron el mal a los asediantes de Potidea.

Atenas parecía perseguida por el azote y el prestigio de Pericles se resentía por ello. Sus planes eran mal vistos y la indignación contra su persona creció considerablemente por haber desaconsejado poco antes continuar las conversaciones de paz con los lacedemonios. Sus enemigos acabaron por llevarlo ante un tribunal de 1.500 jurados, que lo condenó, por malversación, a una multa de cincuenta talentos y perdió el cargo de estratego, para el que había sido elegido ininterrumpidamente desde el año 443/2. En los primeros días del año 429 Potidea capituló por fin ante los atenienses, en condiciones que no gustaron en absoluto a la Asamblea. Los potideatas salían muy bien parados y no se recuperaban los dos mil talentos gastados en el asedio, aunque mediante el envío de clerucos se consolidó al menos esta importante base de la costa tracia.

Tal vez los sucesos de Potidea hicieran recapacitar a los atenienses. Lo cierto es que en la primavera Pericles fue reelegido como estratego y recibió amplios poderes para dirigir la política de la Liga. La lucha continuó en la Calcídica y Macedonia, pero la principal acción militar en los meses siguientes fueron las brillantes victorias navales del estratego Formión en Patras y Naupacto (golfo de Corinto); la superioridad de Atenas en el mar



La Nike de Peonio
(Hacia el 420 a.C.)
Museo de Olimpia

La peste en Atenas

Lo que contribuyó a agravar los sufrimientos fue la concentración de la población rural en la ciudad, y esto afectó especialmente a los refugiados. En efecto, como no había casas disponibles la gente vivía en cabañas convertidas, por ser verano, en lugares sofocantes; la plaga ya no tuvo límites, pues los cuerpos de los agonizantes yacían unos sobre otros y había algunos que rodaban medio muertos por las calles y aparecían por todas las fuentes impulsados por las ansias de beber. También los lugares sagrados, en los que levantaron tiendas, estaban llenos de cadáveres que habían fallecido dentro: pues al alcanzar la enfermedad tanta virulencia las personas ya no sabían qué iba a suceder y perdían por igual el respeto a lo divino y a lo humano. Todas las costumbres funerarias observadas hasta entonces fueron profundamente alteradas; cada cual enterraba a sus muertos como podía. Y muchos tuvieron que recurrir a sepelios indecorosos porque carecían ya de lo necesario después de la cantidad de enfermos que habían expirado en sus hogares: de forma que cuando otros habían levantado una pira se daban prisa bien en colocar los primeros el cadáver de su allegado y prenderle fuego, bien en arrojar al muerto que transportaban sobre un cuerpo que se estaba consumiendo y ausentarse. Desde el punto de vista social la peste dio cabida a una constante anarquía, pues la gente era más proclive a hacer aquello que antes procuraba disfrutar con disimulo; así lo propiciaba la visión de cambios tan vertiginosos, el comprobar que hombres acomodados morían bruscamente y personas que antes no poseían nada propio se hacían con las riquezas de aquéllos. En consecuencia se impuso la moda de dilapidar los bienes y divertirse, pues la vida y la hacienda se tenían como algo pasajero. Y nadie estaba dispuesto a realizar el menor esfuerzo por una buena causa: todos albergaban la duda de si tal vez perecerían antes de contemplar los frutos; el placer inmediato y cuanto pudiera aprovechar a lograrlo, fueron principios que reemplazaron a los de perfección y utilidad. A nadie le detuvo el temor a los dioses ni las normas humanas; pensaban que lo mismo daba ser o no impío ante la evidencia de que la muerte tocaba a todos sin excepción, y entre los que habían delinquido nadie esperaba vivir hasta el momento de comparecer en justicia para recibir su condena, sino que mucho más temible parecía la sentencia, ya pronunciada, que pendía sobre ellos, y antes de su ejecución era natural sacarle cierto partido a la vida.

(Tucídides, II,52-53)

quedaba afianzada frente a la tímida armada reunida por el navarca espartano Cnemo.

En esos mismos días Pericles, que acababa de perder a sus dos hijos, sucumbe también bajo los efectos de la epidemia. Atenas despide a uno de sus estrategos en ejercicio, pero echará asimismo en falta a su político más clarividente. La firmeza y seguridad con que abarcó los intereses de su patria no tendrá ya continuidad y los atenienses deberán amoldarse a los cambios, no siempre beneficiosos, que se avecinan.

Los sucesores de Pericles

La desaparición de Pericles encaramó a un primer plano la competencia política por sucederlo y excitó, como recuerda Tucídides, la lucha entre los partidarios de las distintas formas de entender la guerra. Si la mayoría de los atenienses se hallan de acuerdo en la necesidad de no ceder sustancialmente en cuanto a las reivindicaciones mantenidas por Pericles, sus intereses privados y sociales se opondrán a las razones de Estado e intentarán justificar las metas asignadas a la gue-

rra como producto del carácter moderado o ambicioso de sus compatriotas.

A la cabeza de estos dos modos de proceder se situó, ya desde la misma Antigüedad, la figura de dos personajes de la escena política y militar de Atenas: Nicias y Cleón. Nicias, elegido estratego junto con Pericles (para este mismo cargo sería designado a menudo por los votos de sus conciudadanos desde el año 428/7), poseía una importante fortuna; no carece de confianza en la democracia, pero su conducta se distingue por la prudencia, la aplicación concienzuda a las funciones públicas, la reflexión sensata antes de decidir. Probablemente representa a aquellos patriotas que aspiran a no ampliar el poderío de Atenas, sino a defender las ventajas adquiridas, que han hecho sus negocios en el comercio y la industria, el alquiler y el préstamo (así había multiplicado Nicias su patrimonio); son los que se mantienen más fieles al pensamiento de Pericles y anhelan obligar a Esparta a una pronta paz que restituya el esplendor de los años inmediatos a la Guerra. No desean exasperar al adversario, sino negociar en buenas condiciones. Era por tanto fácil para los partidarios de Cleón acusar a Nicias de timorato e irresoluto, conservador y mediocre en su labor política, y, sin embargo, no hace sino seguir con tacto y discreto acierto la estrategia defensiva iniciada por Pericles.

El personaje que hace réplica a Nicias es el de Cleón. No carecía de bienes —era un rico curtidor—, como muchos de los que apoyaban sus propuestas, artesanos medios acomodados pero paulatinamente empobrecidos por la Guerra. Su carrera pública había sido lenta y erizada de obstáculos, pero su energía y tenacidad allanaron muchas dificultades. Ciertamente la imagen de Cleón que dibujó la tradición ateniense (Tucídides, Aristófanes, Eupolis, Aristóteles) es desfavorable y cruel: demagogo, corruptor, fanfarrón y charlatán, vulgar, ridículo, cínico y odioso; resulta pues difícil en tales condiciones esbozar los perfiles de su vida política. Sin duda Cleón inspiraba también confianza a muchos ciudadanos atenienses: había sido miembro del Consejo (y seguramente pritano) y uno de los diez helenotamías (tesoreros de la Liga marítima); poseía además experiencia militar y sus aspiraciones en este terreno le fueron reconocidas al ser designado estratego. No era, por tanto, un impostor, sino una persona despierta y simple cuya clara lógica le venía dictada por su confianza en que los recursos atenienses podían afrontar las soluciones más directas. Cleón cree en la victoria y piensa que no debe repararse en medios para extender las operaciones terrestres y navales de la Liga, aun a costa de ser inhumanos e intransigentes con los propios aliados y, por supuesto, con los espartanos, pues el triunfo final recompensará cualquier esfuerzo y beneficiará a todos los atenienses. Y muchas de estas ideas, duras y violentas, apasionaban con frecuencia al auditorio de la Asamblea.

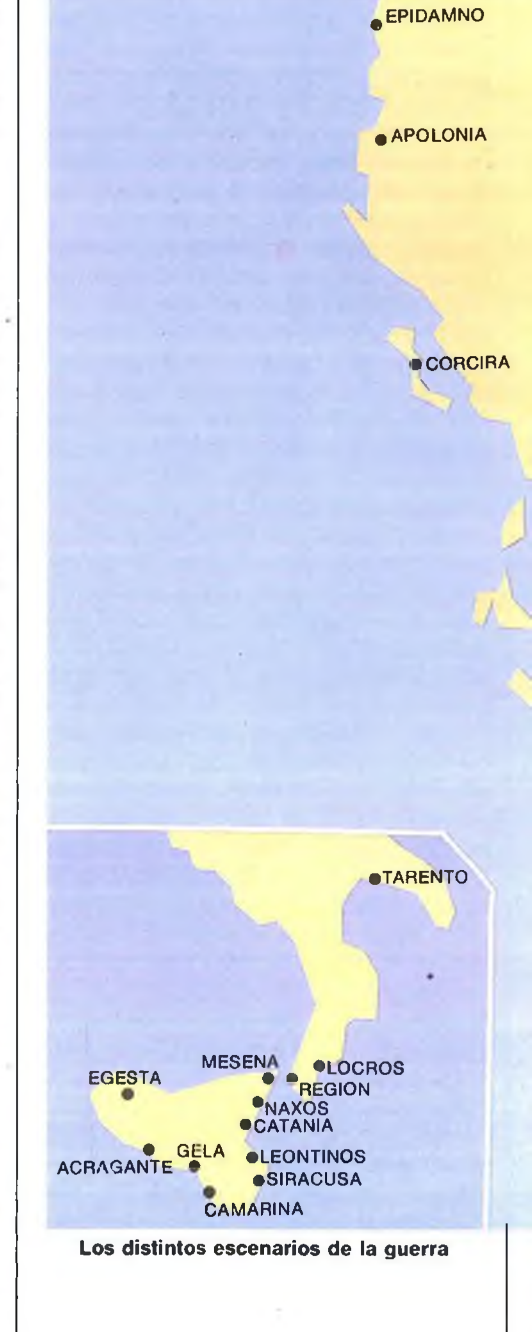
Entre estos dos polos oscilaron las resoluciones de los ciudadanos de Atenas y sería evidentemente excesivo pretender, como en ocasiones se ha dicho, que Nicias y Celón encarnan dos partidos irreductibles y contrapuestos, el del conservadurismo aristocrático y pactista Nicias, el de la democracia radical y belicista su oponente. Sus diferentes reacciones para adaptar la estrategia del Estado a las circunstancias cambiantes del conflicto (contraofensivas espartanas en varios frentes, persistencia de la peste, alarmante incremento de los gastos de guerra) no son sino las dos caras de la misma moneda; están divididos por su visión militar y diplomática, pero ambos se preocupan de poner a salvo la reputación de Atenas y de prolongar la Guerra sólo lo necesario como para garantizar larga vida al Imperio marítimo. La misma Asamblea de

campesinos y artesanos que confía las mayores responsabilidades a Cleón o censura la debilidad de Nicias modifica al poco tiempo su criterio para encumbrar al segundo y condenar las imprudencias del fogoso curtidor dotado de inagotable facundia.

La extensión del conflicto

Poco antes de la muerte de Pericles los espartanos cambiaron de táctica; incitados por los tebanos eludieron por esta vez el Atica, azotada por la plaga, y cercaron Platea. Arquídamo propuso a los plateenses que permanecieran neutrales, pero aquéllos rehusaron y los peloponesios comenzaron los trabajos del asedio, que duró un año y medio. Por otra parte la escuadra lacedemonia —cuarenta trirremes de Megara tripuladas por miembros de su alianza y comandadas por Cnemo y Brasidas— toma por vez primera la iniciativa y llega hasta Salamina, en donde reunió un importante botín. Atenas parece superada por la marcha de los acontecimientos.

Mas el siguiente golpe no entraba en los cálculos de ningún ateniense. Mientras Platea resistía con firmeza el sitio de la plaza, Mitilene, la más notable de las ciudades de Lesbos, prepara su salida de la Liga marítima. Poco antes del inicio de la Guerra, el partido oligárquico de Mitilene se había planteado abrir negociaciones con Esparta, pero será en el verano del 428 cuando consideren que Atenas no será capaz de reaccionar con la energía con que lo hubiera hecho en tiempos de paz y en vida de Pericles. Los mitilenios disimularon sus intenciones enviando una flotilla de diez trirremes para la campaña estival de la Liga y simultáneamente disponían todo lo necesario para la sedición (fortificaciones, diques, almacenes, víveres, movilización de soldados y mercenarios) de común acuerdo con el resto de los lesbios, menos la ciudad de Metimna, cuya fidelidad a la causa ateniense se puso de manifiesto cuan-



Los distintos escenarios de la guerra


SELIMBRIA
BIZANCIO
CALCEDON
PERINTO
ABDERA
AMFIPOLIS
TASOS
OLINTO
ACANTO
POTIDEA
SESTOS
LAMPSACO
ABIDOS
CIZICO
MENDA
TORONA
ESCIONA
TENEDO
AMBRACIA
ANACTORIO
MITILENE
NAUPACTO
TEBAS
PLATEA
ERITRAS
CLAZOMENE
QUIOS
TEOS
COLOFON
NOTIO
SICION
MEGARA
EFESO
CORINTO
ATENAS
EGINA
EPIDAURO
SAMOS
MANTINEA
ARGOS
MILETO
TEGEA
HALICARNASO
ESPARTA
PILOS
MELOS
CNIDO
CITERA

do denunciaron lo que se urdía.

Atenas procedió a un rápido bloqueo de la isla, pues no podía tolerar que el ejemplo cundiera —habría desnivelado, en perjuicio de Atenas, la relación de fuerzas y de recursos—. Al no aceptar las condiciones que transmite la Asamblea ateniense la rebelión de Mitilene se consuma. Con la excusa de negociar un posible acuerdo los mitilenios lograron que los estrategos atenienses aplazasen el asedio y consintieran el envío de embajadores, mas lo cierto es que aprovecharon el armisticio para acabar sus defensas y tratar directamente con los espartanos, los cuales facilitaron la admisión de Mitilene en la Liga lacedemonia.

El esfuerzo militar y económico realizado por los atenienses para el asedio de Mitilene fue extraordinario, hasta el punto de aprobar la Asamblea el pago de una *eisphora* de doscientos talentos a repartir entre ciudadanos y metecos. Con los 250 navíos puestos en servicio y cientos de hoplitas embarcados no sólo se mantiene sin problemas el bloqueo de los dos puertos y de la ciudad de Mitilene sino que incluso se disuade al ejército lacedemonio, acampado en el Istmo, de atacar el Atica durante ese año, pues vieron a una parte de la flota ateniense saqueando sus costas y regresaron al Peloponeso para proteger los campos. Mitilene soportó el cerco por espacio de un año y los espartanos no encontraron entretanto la ocasión propicia para hostigar a los atenienses en otros frentes. En junio del 427 las autoridades mitilenias, obligadas por el pueblo, aceptan la capitulación, justo cuando estaba de camino un convoy peloponesio de 42 trirremes que, ante la noticia, dio vuelta hacia Laconia. De la mano de Cleón la Asamblea ateniense decretó un castigo ejemplar: pena de muerte para todos los mitilenios en edad de empuñar las armas y esclavizar a mujeres y niños. De este modo Mitilene debía pagar la ira acumulada por Atenas desde las revueltas de Samos y Potidea como definitivo escarmiento para todos los otros aliados que maquinasen la defección.

Sin embargo la medida votada en un primer momento pareció desproporcionada y muy a propósito para despertar antipatías contra Atenas. A solicitud de una representación de Mitilene, que se hallaba presente, una nueva asamblea revocó al día siguiente la decisión anterior: se ejecutaría solamente a los prisioneros mitilenios enviados por el estratego Paquete a Atenas como responsables de la secesión. Una segunda nave despachada con toda urgencia hacia Lesbos llegó a tiempo de impedir que se aplicara el primer decreto (el cual se había comunicado mediante otra trirreme, veinticuatro horas antes, a las fuerzas estacionadas en Mitilene). Se aprobó además la demolición de las murallas y fortificaciones de la ciudad rebelde, la confiscación de toda su escuadra, la distribución del territorio cultivable de la isla —excepto el perteneciente a Metimna— entre 2.700 clerucos atenienses, la incautación de las posesiones mitilenias en la costa de Jonia, desde Misia al Helesponto.

En agosto del 427 Platea, a la que Atenas no había encontrado forma de socorrer, tuvo que sufrir similar suerte. Ciertamente en el interior de la ciudad resistían sólo doscientos plateenses y veinticinco atenienses, a los que acompañaban 110 mujeres, pues el resto de la ploblación civil fue evacuada a Atenas, como se recordará, y algo más de la mitad de la guarnición había roto el cerco y escapado hasta el Atica aprovechando las inclemencias de una noche invernal. Cuando los víveres estaban agotados los defensores se entregaron mediante un acuerdo de capitulación, circunstancia forzada por los espartanos (en efecto, se habían abstenido de tomar la débil Platea por la fuerza de las armas para evitar que si algún día se firmaba un tratado de paz con Atenas y en éste, como era

habitual, se estipulaba la devolución de todas las plazas ocupadas mediante operaciones de guerra, Platea no pudiera quedar incluida en ese grupo por haber pasado a soberanía lacedemonia gracias a un convenio). Cinco jueces llegados de Esparta juzgaron a los prisioneros y, no obstante la brillante defensa que ellos mismos se hicieron, fueron todos ejecutados con la complacencia de los tebanos presentes; las mujeres fueron reducidas a la esclavitud y Platea arrasada, un año más tarde; el territorio, que se declaró propiedad del Estado espartano, fue concedido en arriendo a los tebanos.

El último y grave suceso de este año 427 lo conforma la sangrienta revolución de Corcira. Mientras que una parte de los corcirenses, la oligarquía más ligada a Corinto, pretende no intervenir para nada en la Guerra, el resto de los ciudadanos se niega a la ruptura de la alianza con Atenas y preconiza un papel más activo en la contienda; la disensión desembocó tumultuosamente en un combate a ultranza sembrado de atrocidades y matanzas. Una flota lacedemonia acudirá para apoyar a los aristócratas, pero la propia escuadra de Corcira y un grupo de trirremes atenienses llegadas desde Naupacto consiguen detenerla y es más tarde obligada a volver al Peloponeso cuando arriban otras sesenta naves desde el Pireo. Entre todos estos movimientos navales las dos facciones de Corcira prosiguen su guerra civil, en la que junto a ambos bandos incluso participan mercenarios. Atenas aprovechó instantes de apaciguamiento para mejorar su antiguo tratado con los corcirenses y convertirlo en una alianza completa; luego se desentiende de la situación y asiste impasible, casi como cómplice (entrega de los aristócratas refugiados en el monte Istone al pueblo corcirense), a horrorosas escenas de venganza y despiadados crímenes que acabarían sólo dos años más tarde e inspirarían a Tucídides algunas de sus reflexiones más profundas y trágicas sobre la crisis de los principios morales y religiosos en Grecia, sobre la responsabilidad que en el desencadenamiento de esta ruina compartían las dos potencias hegemónicas, espartanos y atenienses.

El desplazamiento hacia Occidente

El afianzamiento, por medio de la nueva alianza, de la ayuda de Corcira a la causa ateniense se produjo en el momento en que la Liga marítima descubría la importancia estratégica de la Grecia Occidental, de la Magna Grecia y de Sicilia dentro del conflicto iniciado. Desde septiembre del 427 hasta finales del 425 una parte de las fuerzas atenienses llevó a cabo intensas actividades militares y diplomáticas en Sicilia y sur de Italia; como Leontinos y Regio (ambas aliadas de Atenas), así como las ciudades de origen calcídeo y Camarina, antigua colonia doria, se hallaban en guerra contra Siracusa, Locros y las ciudades de origen dorio (Gela, Himera, Mesene, Selinunte), las cuales simpatizaban con la confederación espartana, la Asamblea ateniense accedió a enviar, a petición de Leontinos, una reducida expedición.

Los estrategos jefes de esta flotilla, cuyos efectivos se incrementaron después del 427, efectuaron no sólo numerosas misiones de carácter bélico —batalla de Milas, ataque contra Locros, saqueo de las islas Líparas, aliadas de Siracusa—, sino también una concreta labor política (preparación del levantamiento sículo, tratados con Halicias y Egesta, incorporación y pérdida de Mesene). Con ello dificultaron el acercamiento entre Siracusa y Corinto, entorpecieron los envíos de cereales a los Estados del Peloponeso, obligaron a Siracusa y a los dorios sicilianos a destinar sus fuerzas a defenderse de los otros griegos de la isla, minimizaron la influencia de Esparta y de Corinto apareciendo como pro-



Relieve votivo del santuario del Kefiso, Atenas (Fines del siglo V a.C.) Museo Nacional de Atenas

tectores de los siciliotas frente al expansionismo de Siracusa.

Mejores logros acompañan a Atenas y a sus aliados durante la campaña del 426 en el NO de Grecia. Bajo el mando de los estrategos Demóstenes y Procles los atenienses, junto con todos sus aliados occidentales, castigan primero a la población de Léucade; luego, acompañados sólo por los mesenios de Naupacto, se lanzan sin éxito a la conquista de Etolia y resisten el asedio de Naupacto efectuado por un ejército peloponesio de tres mil hombres (más varios contingentes de etolios y de locrios ozolos). Pero cuando este ejército marcha hacia el norte para reforzar la influencia de Ambracia, estrecho colaborador de Corinto, los acarnanios y los anfiloquios llaman a Demóstenes: juntos derrotan a los peloponesios en Olpas y obtienen después dos rotundas victorias sobre los ambraciotas, a quienes casi exterminan.

Al frente de sesenta trirremes todavía Nicias realizó una breve incursión sobre la isla de Melos, para poner luego vela hacia la costa de Tanagra y la Lócride oriental; prestaba así protección a los atenienses instalados en Eubea. El año 426 terminaba, en definitiva, con notables perspectivas para Atenas acentuadas por el hecho de que los espartanos, como sabemos por Aristófanes, deseaban entablar conversaciones de paz, que fueron desdeñadas por la Asamblea.

La guerra de Cleón

En la primavera del 425 la Guerra vuelve a tomar su curso habitual; los peloponesios invaden el Atica y despachan además sesenta navíos hacia Corcira; los atenienses, que han reelegido como estrategos a Nicias y a Demóstenes, remiten con cuarenta naves hacia los escenarios de Corcira y Sicilia a tres generales (Eurimedonte, Sófocles y Demóstenes). Sin embargo, de esta última expedición había de segregarse una operación cuya trascendencia real en el curso de la contienda nadie podía sospechar: la ocupación de Pilos.

Un temporal hizo refugiarse a la armada ateniense en la bahía de Pilos, situada en plena Mesenia, en la costa occidental del Peloponeso. Demóstenes, que quizá conocía la zona y había previsto en algún momento el plan, convenció a sus dos colegas para que siguieran ruta mientras él establecía un puesto fortificado en aquel lugar; entonces los atenienses aseguraron con defensas un cerro en que terminaba la península superior de la bahía, dejaron a Demóstenes con un destacamento de cinco trirremes y algunos cientos de hoplitas y continuaron la navegación hacia Corcira.

La presencia de aquellos soldados en Pilos creó, al ser conocida por los espartanos, una auténtica conmoción. Sin duda Demóstenes había sabido escoger una excelente base que nada bueno presagiaba para los peloponesios: podía ser abastecida desde el mar y cabía fomentar desde ella, por medio de los mesenios de Naupacto, desórdenes y levantamientos entre los hilotas y la población de Mesenia. Esparta decide el regreso inmediato del ejército que acababa de invadir el Atica y de la flota enviada a Corcira y organiza el asalto contra los atrincheramientos atenienses de Pilos, que atacaron desde todos los lados; para obstaculizar la actividad de las trirremes atenienses un cuerpo de 420 hoplitas lacedemo-



Relieve funerario de mármol
(Anterior al 400 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

nios es transbordado al islote de Esfacteria, que cierra perpendicularmente la entrada de la bahía y queda separado de la península de Pilos por un estrecho canal. Dos días después de las refriegas aparece Eurimedonte con casi toda la escuadra (Demóstenes había remitido aviso de lo que sucedía cuando estaba anclada en Zacinto), sorprende a la marina lacedemonia y queda dueño del mar. Pero los hoplitas de Esfacteria están aislados e irremisiblemente perdidos.

Las consecuencias de esta operación se consideran en Esparta tan graves como para reconocer la necesidad de poner fin a la Guerra; la vida de los casi doscientos espartanos de pleno derecho rodeados en Esfacteria tenía más valor que cuantas ventajas pudieran obtenerse si el conflicto seguía, lo que muestra cuán vigente se hallaba la obsesión de los laconios por que no continuara disminuyendo la cifra de los *homoioi*. Por eso se establece un armisticio con Demóstenes y los atenienses trasladaron a una embajada lacedemonia hasta la Asamblea para ofrecer la paz. Los términos propuestos por Esparta fueron la conclusión de un tratado de paz y de alianza entre atenienses y lacedemonios, y a cambio Atenas debería permitir la salida de los soldados laconios bloqueados en Esfacteria. Tucídides refiere que los espartanos estaban convencidos de que sus oponentes, que antes del estallido de la Guerra habían deseado llegar a un acuerdo pacífico y ello no fue posible por la propia negativa de Esparta, iban a aceptar ahora su propuesta y a devolver los hombres.

Pero la Asamblea ateniense exigió otras condiciones, que pasaban por la rendición de los hoplitas de Esfacteria y su traslado a Atenas antes de negociar, y la devolución de cuatro plazas al dominio de la Liga marítima; sólo entonces dejarían en libertad a los prisioneros y se firmaría un tratado de paz. Esta actitud de Cleón y sus partidarios condujo a la ruptura de las conversaciones sin llegar a nada firme, y probablemente, como piensa Woodhead, Cleón acertó al rechazar la propuesta de paz, puesto que un acuerdo de paz hubiera beneficiado más a Esparta que a Atenas, cuyos problemas económicos derivados de la Liga marítima y de la Guerra no se habrían resuelto, proporcionando además a los peloponesios la oportunidad de rehacerse para reemprender más tarde la lucha en mejores circunstancias. Una trirreme ateniense devolvió a los embajadores lacedemonios a Pilos y el armisticio expiró, no sin que antes los atenienses se incautaran, alegando una infracción de los términos de la tregua, de las sesenta naves peloponesias que Esparta había entregado en depósito como garantía de buena fe.

No resultaba fácil, sin embargo, reducir a los hombres de Esfacteria y Cleón no cesaba de excitar a sus conciudadanos contra la lentitud de las operaciones. Nicias, harto de recriminaciones, le reta a que acepte el mando; Cleón acepta y como general extraordinario llega a Esfacteria con un cierto número de peltastas y 400 arqueros, fuerzas mucho más móviles que los hoplitas. Con ayuda del estratego Demóstenes y de la guarnición de Pilos tarda pocos días en arrinconar a los lacedemonios y obtener su entrega: son ya únicamente 292 hombres, de ellos unos ciento veinte ciudadanos espartiatas que pertenecían a las mejores familias de Lacedemonia. La sensación triunfal de los atenienses por esta victoria fue más que justificada, y constituyó un éxito personal para Cleón, que políticamente alcanzó su momento de mayor influencia. Tácticamente Pilos se convierte en un enclave excepcional: también los atenienses pueden ahora «invadir» Laconia por la espalda, acoger a todos los hilotas y mesenios que deserten; pero además, con los prisioneros en su poder, la Asamblea ateniense puede extremar su intransigencia con Esparta y de hecho usará a estos rehenes para adver-

La guerra civil en Corcira

Durante los siete días en que, tras su llegada a puerto, Eurimedonte estuvo fondeado con las sesenta naves, los corcirenses asesinaron a aquéllos de sus conciudadanos a quienes tenían por enemigos, descargando la responsabilidad sobre las personas hostiles a la democracia, pero murieron también algunos debido a venganzas privadas y otros, que habían realizado préstamos en dinero, a manos de sus deudores: no faltó a la cita ninguna forma de muerte y, como viene a suceder en tales momentos, ningún horror que no compareciera, e incluso más allá. Pues el padre dio muerte a su hijo, los refugiados fueron arrancados de los asilos sagrados y asesinados en el mismo recinto, otros murieron incluso emparedados en el santuario de Dionisio. De este modo la revolución rodó hasta su semblante cruel, y causó mayor conmoción por tratarse de uno de los primeros embates, puesto que luego acabaría por extenderse a la totalidad, es un decir, del mundo griego; en cada país la controversia consistía en hacer venir a los atenienses, como querían los cabecillas de los grupos populares, o a los lacedemonios, según los oligarcas. Durante la paz no hubieran valido excusas ni se habría tenido la osadía de llamarlos, pero al estallar la guerra y entrar en juego, además, el sistema de alianzas, el recurso de hacer venir a un beligerante facilitaba, a quienes buscaban cualquier cambio radical, la tarea de perjudicar a sus contrarios o de ganar su apoyo para los planes propios. E infinidad de desgracias descargaron sobre las ciudades las luchas civiles, como pasa y sucederá siempre que el carácter de los hombres sea el mismo, aunque ahora se adaptaran y tomaran la forma de cada uno de los cambios que presidían los vaivenes sociales. En tiempos de paz y de progreso tanto los estados como los ciudadanos muestran mejores propósitos porque no están acuciados por imperiosas necesidades: pero la guerra, que arrebata la seguridad de cada día, es un maestro en las manifestaciones de la fuerza y presta su rostro, conforme actúa, a los resentimientos de la mayoría. Por el deseo de justificarse, hasta las palabras perdieron su valor habitual para definir los hechos. La temeridad inconsciente se tenía por viril camaradería, la meditada prudencia por escandalosa cobardía, la calma por el antifaz del medroso y las dotes más amplias por la suma irresolución; los golpes alocados se presentaron como modelo de recia hombría, las reflexiones firmes y sensatas de bonita excusa para dar la espalda. Y los descontentos infundían siempre total confianza, sus contradictores la sospecha. El urdidor con éxito de una intriga era inteligente, pero aún más agudo el que adivinaba su proyecto: mas quien había tomado precauciones para que no se llegara a tales extremos, éste era el responsable de deshacer su grupo político y estaba paralizado de terror ante los oponentes. Dicho llanamente, anticiparse en causar daño a aquel que preparaba algo recibía alabanzas, así como inducir a quienes no se les hubiera ocurrido hacerlo. Lo cierto es que la militancia política se convirtió en un vínculo incluso más estrecho que el parentesco, pues se afrontaban mayor número de riesgos sin poner disculpas: desde luego tales conciliábulos no se celebraban con rectos fines en el respeto a las leyes del momento, sino en contra del ordenamiento establecido para satisfacer la propia avidez. Y los compromisos mutuos se fortalecían no tanto con la garantía de la sanción divina como en la complicidad del atentado cometido contra las leyes.

(Tucídides, III,81-82)

tir seriamente del riesgo de su ejecución en caso de que se repitieran las devastaciones del Atica. La popularidad de Cleón parece que le permitió también a finales de ese año, en que se debía revisar la cuantía del tributo federal pagado por los aliados, modificar sustancialmente las tasas del *phoros*, que prácticamente se triplica tratando de recaudar la suma de 1.460 talentos anuales. Tras el agotamiento de las reservas, cuidadosamente ahorradas hasta el 431, en los siete primeros años de la Guerra, los partidarios de seguir la lucha creen haber encontrado la forma y el momento de extraer los fondos necesarios para sus planes (sueldos para las tripulaciones de nuevos efectivos navales) mediante este incremento arbitrario del tributo, conocido como la «tasación de Cleón».

Las últimas ofensivas

El asunto de Pilos volvió a proporcionar a Atenas la imaginación y el coraje que había perdido desde la multiplicación de la peste, de suerte que en el año 424 la Asamblea desplegará una incesante actividad diplomática y militar. En el plano político sobresalen las dos embajadas despachadas a Persia, la segunda de las cuales pudo concertar con el rey Darío II un tratado de amistad, negociado por el ateniense Epilico, que ponía a salvo los intereses de la Liga en Asia y frenaba las aspiraciones espartanas de contar con la colaboración indirecta del Gran Rey. Pero también en Sicilia se pactó una salida honrosa que ponía fin a la costosa intervención en las lejanas aguas ítalosiciliotas. Con motivo de un armisticio firmado en principio entre las ciudades dorias de Gela y Camarina, al que se sumaron luego todos los demás estados beligerantes, acudieron a Gela embajadores de los griegos de Sicilia para discutir la posibilidad de establecer una paz general, y aleccionados por el siracusano Hermócrates el armisticio fue sustituido por un tratado de paz que regulaba las relaciones entre ellos. Con la aprobación de los estrategos atenienses destinados a la flota de Sicilia los aliados de Atenas en la isla la asociaron al tratado; y los atenienses, suscritos de este modo al acuerdo, respetaron la paz abandonando con sus naves Sicilia.

En el terreno militar el ejército ateniense corre mayores riesgos que en las pasadas campañas. Nicias asesta importantes golpes, a comienzos del verano, que siembran el desconcierto entre los lacedemonios: ocupa la isla de Citera, en la entrada del golfo laconio, que constituía un punto de escala de inmenso valor para la escuadra espartana; saquea el litoral sur de Laconia y acaba apoderándose de Tirea, en la Cinuria, ocupada entonces por los eginetas expulsados de su patria por Atenas. Otro de los estrategos, Demóstenes, está a punto de conquistar Megara con la ayuda de algunos demócratas simpatizantes de la causa ateniense, pero fracasa en el último instante; sin embargo cayó en sus manos el puerto megarense de Nicea. La suerte no acompañó, por contra, a los atenienses en el ambicioso plan de sorprender a los beocios elaborado por Demóstenes y su colega Hipócrates: diversos errores cometidos por la rapidez con que todo se pensó condujeron a que los beocios estuvieran sobre aviso y a que Hipócrates, salido desde el Atica con un heterogéneo cuerpo de infantería, no marche al compás previsto. El resultado fue que Demóstenes se retiró con sus naves por el golfo de Corinto sin haber tomado Sifas, el puerto de Tespias, e Hipócrates quedó aislado en Delion, en donde un ejército beocio superior, cuya caballería desempeñó un destacado papel, infligió un grave castigo a la milicia de la alianza ateniense (que dejó más de mil cadáveres sobre el campo de batalla). El primer gran combate terrestre de unidades en formación había demostrado las deficiencias atenienses en el dominio de



Nike desatándose la sandalia
(Fines del siglo V a.C.)
Museo de la Acrópolis

estas tácticas y la clarividencia de los consejos de Pericles cuando recomendaba desarrollar por tierra una estrategia siempre defensiva.

Precisamente durante la expedición ateniense a Beocia emprendieron también los espartanos una iniciativa atrevida. Las autoridades lacedemonias aprobaron que uno de sus soldados más ilustres, Brasidas, destacado en los ataques a Pilos y en la defensa de Megara frente a Demóstenes, se trasladara a Tracia con una fuerza de 1.700 hoplitas (setecientos hilotas y mil mercenarios peloponesios); las ventajas que podía reportar esta operación eran innumerables pues se trataba, como en el caso de Pilos, de un golpe audaz y doloroso para el adversario. Sin debilitar al Peloponeso, porque Brasidas no comandaba tropas regulares de la Liga, sino una columna especial movilizada al efecto, era la ocasión propicia para liberar a otros frentes de la presión ateniense, ganarse la colaboración de los macedonios y utilizarlos en su favor (Perdicas, traicionando a Atenas, había hecho saber a Esparta que deseaba su presencia en el norte de Grecia), provocar en todo el distrito de Calcídica una insurrección contra Atenas y privarla de los recursos que obtenía desde Potidea y Anfípolis.

Brasidas atravesó sin percances Beocia y Tesalia —los beocios eran aliados, pero los tesalios, que hubieran podido impedirle el paso, no reaccionaron a tiempo— y se reunió con Perdicas en Dión. De allí se encamina a la Calcídica en la confianza de que numerosas comunidades —algunas ya habían mandado mensajes a Esparta— se separarían de la alianza ateniense, por eludir el tributo, y contribuirían a que otras lo hicieran. La primera ciudad que acogió a Brasidas fue Acanto, que pasó a formar parte de la Liga peloponesia con las mismas obligaciones, especialmente de tipo militar, que el resto de los miembros, e instaló una guarnición lacedemonia dentro de la plaza; su ejemplo lo imitaron los habitantes de Estagira y luego otras comunidades, que hicieron defección de Atenas. Pero la victoria más determinante de los espartanos fue la capitulación de Anfípolis: sus habitantes, al comprobar que el acuerdo no perjudicaba sus intereses —a cambio de una guarnición lacedemonia, la ciudad conservaría todos sus bienes y derechos— y que no traicionaban a los atenienses de Anfípolis, que podrían retirarse libremente, abrieron las puertas a Brasidas. El estratego ateniense Eucles, que estaba presente, no fue capaz de disuadirles y cuando el historiador Tucídides, que se encontraba en ese momento como estratego con siete naves cerca de Tasos, llegó con los refuerzos, la ciudad se había entregado a los peloponesios.

Las consecuencias de esta capitulación fueron desastrosas para Atenas, pues el resto de las ciudades sujetas a los atenienses empezaron a planear su paso al bando espartano estimando que las condiciones tan favorables como las ofrecidas por Brasidas a Acanto y Anfípolis marcaban la oportunidad tan esperada durante decenios para sacudirse el yugo ateniense. Los auxilios atenienses enviados urgentemente a Tracia no pudieron impedir que en el invierno del 424/3 Brasidas se apodere de Mircino, Galepso y Esime y domine dos de las tres penínsulas de la Calcídica (Acte y Sitonia); sólo la península de Palene, con las ciudades de Potidea, Menda y Esciona, permanecen bajo control de Atenas.

Los sucesos de Tracia, acumulados a los de Beocia, dieron votos en la Asamblea ateniense a Nicias y los partidarios de negociar, pese a las protestas de Cleón, pues la pérdida de los dominios forestales y mineros del norte de Grecia perjudicaba tanto a la política naval ateniense como beneficiaba a los espartanos, amén del descalabro económico que suponía la pérdida del tributo en aquel distrito. En Esparta se mantenía muy latente

la preocupación por los prisioneros de Esfacteria y frente a quienes, como Brasidas, querían intensificar la guerra, el rey Plistoanacte impone la idea de establecer ahora la paz sin explotar las ganancias. Por eso en la primavera del 423 lacedemonios y atenienses se hallaron más dispuestos que nunca a resolver sus diferencias por el camino de la paz y, con tal intención, concluyeron un armisticio de un año de duración que pusiera fin a todas las operaciones de la Guerra y facilitara la posibilidad de discutir un tratado sólido y duradero. Por esta última razón el armisticio fue también suscrito, bajo la presión de Atenas y Esparta, por los aliados de ambas potencias, a excepción de Beocia, que se mantuvo en este asunto separada por completo de las directrices de la Liga del Peloponeso.

El armisticio paralizaba a las tropas de los dos contendientes en los territorios que en ese momento ocupaban y fijaba las líneas de demarcación que no debían cruzarse; imponía asimismo que ninguno de ambos bandos acogería en sus filas a los desertores de la parte contraria. Pero todos los diligentes propósitos pacíficos se apagaron prontamente con los problemas suscitados por las defecciones de Esciona y Menda. La primera de ellas tuvo lugar dos días después de la ratificación del armisticio, mas los espartanos apoyaban la afirmación de Brasidas, a quien se había entregado la ciudad, de que la defección era anterior a la firma del convenio, por lo que la discrepancia habría de resolverse, como se había estipulado en el propio armisticio, por medio de un arbitraje. La solución no agradó a los atenienses, los cuales iniciaron diversos preparativos por si fuera necesario realizar una acción armada contra Tracia. En tales circunstancias llegó la noticia de que Menda había seguido los pasos de Esciona y de que Brasidas había acogido a la ciudad en las filas peloponesias, con lo que violaba abiertamente el acuerdo. Esta segunda defección enardeció los ánimos en Atenas y se procedió velozmente al envío de una expedición a Tracia, la cual tomó Menda por la fuerza y organizó el asedio de Esciona. Brasidas, por su parte, continuó hostigando el territorio norte e intentó incluso apoderarse de Potidea.

Naturalmente estos incidentes acabaron de forma automática con todas las negociaciones emprendidas para llegar a un tratado de paz, aunque ninguna de las dos partes quiso denunciar el armisticio como violado y en las relaciones que ambas mantuvieron en el resto de Grecia cumplieron normalmente las cláusulas pactadas en el acuerdo; solamente Tracia y Calcídica constituyeron una excepción, pero tanto atenienses como peloponesios ignoraron las operaciones bélicas que allí se estaban llevando a cabo como si no afectasen lo más mínimo al cese de hostilidades que se había convenido. Sucedió de este modo que el armisticio se mantuvo vigente durante todo el tiempo previsto e incluso en el momento de su expiración, a la vista de la proximidad de los juegos Píticos, se decidió bilateralmente la prórroga del acuerdo por unos días; Esparta y Atenas gozaron así de un respiro de un año, junto con sus aliados, hasta la primavera del año 422.

En esos días la Asamblea ateniense eligió entre los estrategos anuales a Cleón y le encomendó la continuación de la ofensiva en Tracia. La expedición contaba con medios limitados (treinta trirremes, unos cuatro mil infantes atenienses y de los aliados, trescientos jinetes) y salió del Pireo avanzado ya el verano; no obstante recuperó Torona, en la península de Sitonia, y otras pequeñas plazas. Cuando tiene ante la vista Anfípolis, el principal objetivo, su columna es atacada por sorpresa: Cleón y otros seiscientos hoplitas pagaron con la vida el desorden del repliegue; pero también Brasidas, irremisiblemente herido, caerá en el encuentro.

La paz de Nicias

Con la desaparición de los dos generales que con mayor fuerza defendían la vía militar tanto en Atenas como en Esparta fue creciendo el deseo de llegar, con honor, a un entendimiento. La batalla de Anfípolis se convirtió, pues, en el último combate de la guerra Arquidámica. Durante todo el invierno del año 422/1 Nicias, por parte ateniense, y el rey Plistoanacte por el lado de los lacedemonios trabajaron intensamente por redactar el tratado en unos términos que pudieran satisfacer a los ciudadanos de ambos estados y no destaparan nuevos motivos de agravio entre los aliados; las dos potencias tuvieron que sortear varios escollos, surgidos en un caso por la presión de los miembros de la coalición (desatendida por Esparta) y planteados en otro por la resistencia de los elementos radicales, cuya intolerancia correspondió a Nicias desarbolar (mérito bastante para que la paz quedara ligada desde antiguo a su nombre). Por fin, en los inicios de la primavera del 421 la paz fue establecida y ratificada en Atenas y Esparta por los plenipotenciarios de ambas comunidades, entre los que figuraban Demóstenes y Nicias.

El tratado o paz de Nicias, transcrito en su integridad por Tucídides, tenía una validez de cincuenta años y contemplaba, fundamentalmente, dos obligaciones: en primer término, devolución de las ciudades conquistadas, que regresaban al dominio de la liga en que estuvieran antes de la guerra; Atenas garantizaba a las comunidades de Calcídica que quienes lo desearan podrían abandonarlas, que serían autónomas y pagarían, dentro de la Liga marítima, el antiguo *phoros* convenido en época de Arístides. En segundo lugar se procedía al intercambio de todos los prisioneros (con ello pierde Atenas sus valiosísimos rehenes de Esfacteria). Por lo demás, ambos firmantes declaran su disposición a dirimir las diferencias apelando al derecho o recurriendo a un arbitraje, decretan la libre circulación de personas por los territorios dentro de las alianzas y el libre acceso a los santuarios comunes de los griegos; recuerdan por último que el tratado de paz será perfectible puesto que cabe, de común acuerdo, revisarlo o modificarlo.

La paz de Nicias ponía aparentemente término a una década de luchas ya superadas, pero los problemas originados a raíz de la pretendida ejecución de la cláusula de restitución de las conquistas muestran hasta qué punto ambos contendientes se habían guiado por motivos estrictamente partidistas. Varios aliados de Esparta, y no de los menores (Corinto, Megara, Elide y los Beocios), se negaron a reconocer el tratado y no participaron, en consecuencia, en la ceremonia del juramento —que sí prestaron los demás miembros de la alianza espartana—; para ellos, por tanto, no regía la paz y la guerra seguía pendiente. En su opinión, Esparta no había procurado una paz que atendiera a los intereses generales, sino que había actuado en solitario mirando a su propia conveniencia (salvar a los prisioneros de Esfacteria, recobrar Pilos y Citera, prestar mayor atención al peligro interno de hilotas y mesenios, vigilar a Argos, su eterna enemiga, que disputaba a los laconios desde el siglo VI la región de Cinuria y con la que habría de negociar un nuevo tratado para sustituir al del 451, suscrito por treinta años, que expiraba precisamente ahora). La paz de Nicias mencionaba Pilos, Citera, Anfípolis, Acanto, pero nada decía de Solio y Anactorio (las colonias corintias ocupadas por los acarnanios), de Nisea, el puerto de Megara, de Lepreón, que los eleos reclamaban a la propia Esparta, de la Platea cedida en arriendo a los beocios.

Cuando este grupo de aliados de Esparta exigió que se revisara el tratado por haber sido cerrado sin su consentimiento y porque lesionaba gravemen-

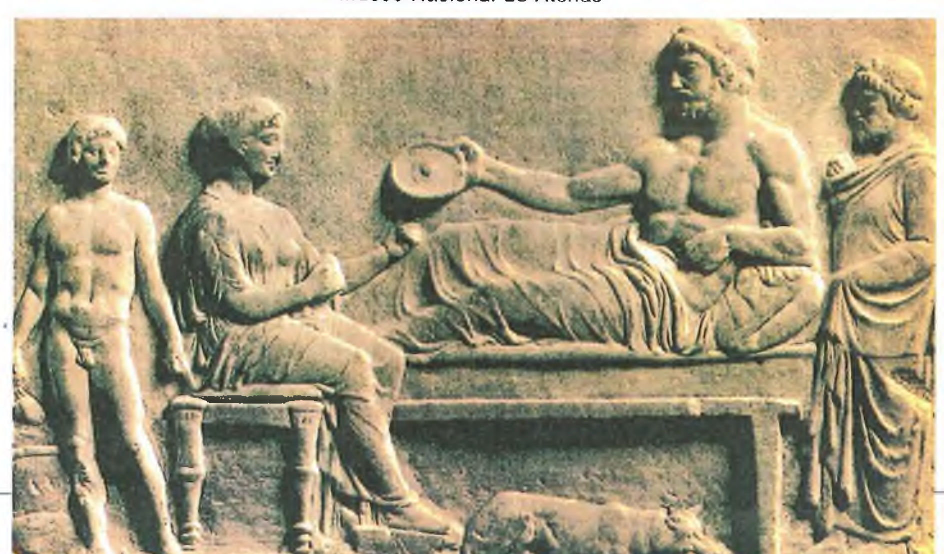
te sus intereses, y los lacedemonios comprendieron —también en Tracia surgen negativas a someterse a las condiciones previstas en la paz— que su autoridad frente a los aliados propios flaqueaba, se concibió una fácil solución para imponer obediencia a los aliados, recuperar a los prisioneros de Esfacteria y paralizar la enemistad de Argos: proponer a Atenas que la paz fuera reforzada mediante la conclusión de una alianza defensiva por cincuenta años. Las negociaciones fueron rápidas porque para Atenas tampoco era cómodo que los otros miembros de la alianza espartana impidieran la ejecución de la paz de Nicias, de forma que a comienzos del verano del 421 los mismos plenipotenciarios que habían jurado el tratado de paz ratificaban un acuerdo de alianza entre Esparta y Atenas por el que ambas se comprometían a prestarse ayuda mutua si eran atacados por un tercero, y los atenienses aseguraban también su asistencia si en Esparta se producía una revuelta de hilotas.

Atenas, por su parte, podía creerse beneficiada por los términos de la paz de Nicias —e inmediatamente depués por el tratado de alianza, que hacía inatacables a las dos grandes potencias de Grecia—, pero su imperio había sufrido ya una importante sacudida y desde el momento en que los aliados de Esparta se obstinaban en desarrollar una política propia, el acuerdo de paz sólo proporcionaba a los atenienses ventajas formales, no positivas. En estos momentos se había demostrado que el dominio ateniense era frágil y que su mantenimiento había elevado la cifra de pérdidas humanas muy por encima de lo previsto; desde el punto de vista financiero los recursos se hallaban cerca de su agotamiento (dejando aparte el fondo especial de mil talentos) y era preciso recuperar las deudas tributarias de los aliados para sanear la reserva consumida en la década de guerra.

2. El período de la paz de Nicias y la expedición a Sicilia

En el ánimo de todos los griegos se había instalado la impresión, a la vista de las razonables dificultades de ejecución de los términos del tratado, de que la paz de Nicias impuesta por Atenas y Esparta no era sino una tregua pasajera que no había querido zanjar,

Escena funeraria
(Hacia el 430 a.C.)
Museo Nacional de Atenas



de forma clara, el diálogo de las armas. Es cierto que los dos principales antagonistas intentan eliminar las más directas amenazas a la paz y restablecer su autoridad perdida mediante la persuasión y la aplicación de medidas excepcionalmente suaves, y que durante los siete años en que el tratado estuvo en vigor ambos países eluden cualquier enfrentamiento directo; sin embargo, nada se hace por evitar los combates y perjuicios indirectos ni se negocian otros acuerdos duraderos con aquellos aliados más descontentos (pues era normal que, por ejemplo, Corinto, hiciera todo lo posible para recobrar sus antiguas posesiones y su influencia en el Adriático).

La lucha diplomática y los conflictos parciales

Mientras Atenas insiste en que se apliquen las cláusulas del tratado de paz, Esparta era incapaz de obligar a sus propios aliados a que aceptaran las condiciones pactadas. Ambas potencias habían intercambiado sus prisioneros (Atenas devolvió a los hoplitas lacedemonios sólo después de firmar la alianza defensiva de cincuenta años), pero las ciudades calcídicas seguían sin reingresar en la liga marítima y Esparta no lograba convencer a Cleáridas, comandante laconio en el distrito, ni a Anfípolis de que abrieran las puertas a los atenienses; los beocios no evacuaban Panacto, la fortaleza de la frontera ática que debían restituir a los atenienses. Atenas, que ligaba cualquier devolución de sus conquistas a la recuperación de Anfípolis, no desalojaba a sus guarniciones de Pilos y Citera.

No cabe por tanto extrañarse de que una serie de estados de la alianza espartana, y a la postre incluso Atenas y los laconios, trataran de consolidar sus particulares conveniencias negociando aislada e independientemente diversos pactos. En principio, todos aquellos aliados de Esparta que no habían tomado parte en el juramento de la paz de Nicias continuaban estando con Atenas en relaciones de hostilidad, situación tanto más incómoda y molesta cuanto que Esparta había establecido una alianza defensiva con los atenienses, lo cual suponía que si cualquiera de ellas invadía el territorio del Atica u otros dominios atenienses se encontraría con que esta vez los lacedemonios, de acuerdo con la alianza, unirían sus fuerzas a las de Atenas para repeler la agresión. Ante esta situación dos de las ciudades que no habían suscrito la paz se decidieron a pactar por sí mismas, y los primeros fueron los beocios. Beocia convino con Atenas un acuerdo de tregua renovable que se mantuvo, según parece, al menos durante seis años (421-415). También los corintios, a quienes tanto había perjudicado la paz de Nicias, solicitaron a los atenienses la concesión de una tregua similar, pero la Asamblea la denegó.

La idea de que la paz de Nicias había sido mucho más beneficiosa para Atenas que para los peloponesios había fomentado el descontento entre los corintios, agravado por la circunstancia de que Esparta, que siempre había aspirado a una hegemonía de hecho sobre todo el Peloponeso, se hallaba realizando una política que debilitaba a sus aliados dorios y favorecía la economía ateniense. Para defender su política Corinto convence a Argos, que había mantenido hasta el 421 un entendimiento con Esparta, de la utilidad de crear una federación que agrupe a quienes, maltratados por las dos potencias, se opongan a sus planes de dominio común sobre toda Grecia. Después de una tensa reunión en Corinto, a la que asistieron también delegados espartanos, Argos da el paso de encabezar una alianza peloponesia a la que también se adhieren Corinto, Mantinea, Elide y algunas ciudades de la Calcídica que no deseaban regresar al imperio ateniense; el tratado de alian-

za se conformó sobre la base de la autonomía e igualdad entre los firmantes. Con todo, ni Megara, ni Tegea ni los beocios, dueños también de fuertes motivos de queja contra Esparta, se unieron a una alianza inspirada por los ciudadanos demócratas de Argos.

Pero la acción diplomática de lacedemonios y atenienses tampoco cesa. Esparta presionó a los tebanos para que cumplieran la parte de la paz de Nicias que prescribía la entrega de Panacto a sus adversarios y la devolución de los prisioneros hechos en Delion que todavía conservan los beocios, pues pretendía forzar a Atenas a retirarse de Pilos, y esta ocasión fue aprovechada por Beocia para pedir a cambio un tratado bilateral con Esparta. Poco importaba que ello fuera contrario a la cláusula de la paz de Nicias que impedía a los laconios negociar acuerdos por separado, pues en marzo del 420 se cerró una alianza defensiva entre Esparta y los Beocios en los mismos términos que la alianza de atenienses y lacedemonios hecha un año antes. Atenas recobró así Panacto y a los prisioneros de Delios, pero como los beocios habían arrasado la fortaleza antes de evacuarla se negó a entregar Pilos, cuya devolución continuó supeditada a la de Anfípolis.

Las negociaciones de los espartanos con Tebas, así como el acercamiento que intentaban con Argos, condujeron a la Asamblea ateniense a emprender una política antilacedemonia. Esta vez no pudieron Nicias y sus seguidores convencer al pueblo de las ventajas de la colaboración y de la buena voluntad mostrada por Esparta para obligar a sus aliados a cumplir lo acordado: a la cabeza de los adversarios de la paz se instaló Alcibiades, personaje clave en la historia ateniense de los últimos quince años de la Guerra. Sobrino de Pericles por el lado materno, había combatido en las campañas de Potidea y Delion y se había iniciado en la política durante la paz de Nicias. Por su espíritu rebelde e inteligente, esmeradamente educado, el Alcmeónida constituye una figura enigmática y seductora para los atenienses de la época, repleta de elocuencia y genio, cuyos sentimientos políticos fácilmente desembocaron en posturas demagógicas, aunque a menudo estuviera dominado por gustos aristocráticos.

Elegido estratego en la primavera del 420, Alcibiades se lanza a su típico juego de sutiles maniobras y hechos audaces que tan pronto dio nuevas alas a Atenas como estuvo casi a punto de provocar los peores desastres. Gracias a su enorme habilidad para sortear las dificultades legales derivadas de la existencia de otros tratados anteriores, Alcibiades no tuvo problema para que sus compatriotas aprobasen la conclusión de una alianza defensiva por cien años con Argos, a la que se unieron Mantinea y Elide. La llamada «Cuádruple Alianza» (Atenas, Argos, Mantinea, Elide) rompía las expectativas tanto corintias como espartanas de atraerse a Argos dentro de su esfera militar (aunque sólo fuera neutralizándola como enemiga), pero además introducía la curiosa circunstancia de que todos los futuros beligerantes se hallaban ligados defensivamente entre sí por alianzas bilateriales o múltiples.

Si a nadie sorprende en Grecia la extensión de esta red de pactos contradictorios, también parece normal la proliferación de teatros secundarios de operaciones en donde debilitar al adversario sin violar los tratados. En el 420 los atenienses continuaron guerreando en Tracia y en la Calcídica, y en el 419, año en que Nicias y Alcibiades fueron elegidos entre los diez estrategos, trataron junto con Argos de fortificar Patras y Río (en la parte peloponesia de la entrada del golfo de Corinto), pero sus hoplitas y arqueros son desalojados por tropas de Corinto y Sición que temían ver cerrado así el camino a sus puertos. En el verano Argos, miembro de la Cuádruple Alianza, atacó el territorio

de Epidauro, aliada de Esparta: fracasado un intento de regular este asunto pacíficamente, los lacedemonios ayudan a Epidauro con 300 soldados en el invierno del 419/8 sin que Atenas intervenga (Alcibiades obtiene, en represalia, la aprobación de la Asamblea para reinstalar hilotas en Pilos y anotar en la estela de piedra que contenía la paz de Nicias que los espartanos habían quebrantado el juramento).

En la primavera del 418, reelegidos para el colegio de estrategos Nicias y Alcibiades, Argos seguía hostigando a Epidauro; Esparta, que debe mantener su prestigio en el Peloponeso, invade la Argólida con más de cuatro mil hoplitas propios y fuertes contingentes aliados (arcadios, beocios, corintios, sicionios, megarenses, epidauros, fliuntinos, pelenios); por suerte para la infantería de Argos, de Mantinea y de Elide, que les hizo frente, el rey Agis de Lacedemonia, jefe de la expedición, fue persuadido por dos aristócratas argivos a cerrar un armisticio de cuatro meses y licenció a las tropas. Cuando Atenas llegó a Argos con mil hoplitas y 300 jinetes para cumplir los deberes de aliado su concurso ya no era preciso. Sin embargo Alcibiades, probable culpable del retraso, convenció a sus otros tres socios de que no había sido correcto firmar un armisticio con los lacedemonios sin haber incluido en él a todos los aliados y de que la mejor respuesta consistía en contratacar. El armisticio tuvo pues escasa duración, porque de inmediato los miembros de la Cuádruple Alianza partieron en expedición contra Arcadia, aliada de Esparta; allí conquistaron Orcómeno y pusieron luego camino hacia Tegea —lo que provocó la retirada de los eleos, molestos de que no se asaltara Lepreón—. Esparta tuvo que intervenir de nuevo y el rey Agis, con unos cuantos refuerzos de Tegea, Herea y Mainalia, les salió al paso en la llanura mantinea: la superioridad táctica y profesional del ejército lacedemonio fue indiscutible y Esparta se hizo en la batalla de Mantinea (agosto del 418) con una decisiva victoria. Los atenienses se retiraron habiendo perdido a dos de sus estrategos.

Las consecuencias de Mantinea se reflejaron en una disminución de la ofensiva militar (poco después de la batalla los atenienses y los eleos repitieron un ataque contra Epidauro, pero los espartanos eludieron un nuevo enfrentamiento). Sin haber roto abiertamente la paz de Nicias, Esparta ha recuperado la hegemonía en el Peloponeso y la autoridad sobre bastantes aliados, ha vencido por añadidura las reticencias de los corintios; además la aristocracia de Argos rompe la alianza con Atenas y suscribe un tratado con Esparta, Perdicas II de Macedonia y los estados de Calcídica por un plazo de cincuenta años. También Mantinea concertó otra alianza con los lacedemonios. Atenas se encuentra, por su parte, ante el fracaso de una política tibia y contemporizadora, según piensa la Asamblea, que ha perdido la ocasión de arruinar por completo a sus enemigos aprovechando las querellas internas de las ciudades del Peloponeso. A ello seguirá una perceptible crisis, que dañó sin duda las instituciones atenienses.

La disensión en Atenas

La tensión entre los atenienses había crecido a resultas de los últimos contratiempos, agravados por las dificultades financieras que delatan los préstamos tomados de las cajas de los santuarios (tesoro de Atenea). El descrédito de los planes de Alcibiades, realizados con un alto coste económico y escasos frutos, y la falta de iniciativa de Nicias no impedía que ambos protagonizaran una evidente rivalidad que se traducía en la defensa ante la Asamblea de los dos programas ya conocidos (revitalización de la guerra, expansión, aprovechamiento de las ventajas estratégicas, frente a afianzamiento del estado de paz, recupera-



La Atenea de Varvakion
Copia romana de una escultura griega
Museo Nacional de Atenas

ción negociada de las posesiones). La resurrección del viejo fantasma del ostracismo, que ambos rivales esperaban fuera votado contra su oponente, castigó finalmente al exilio a un tercero en discordia, el demagogo Hipérbolo (los *ostraka* de los partidarios de Nicias y Alcibiades se unieron para deshacerse de aquel incómodo aprendiz de Cleón). Este abuso pactado del ostracismo no causó ningún bien a la democracia, pues mostraba sólo la impotencia de Atenas por encontrar una vía adecuada a su historia y a sus medios. Es significativo que Nicias y Alcibiades fueran en el 417 nuevamente estrategos.

Atenas permaneció durante ese año en una nerviosa espera, desplegando una discreta actividad diplomática entre los jonios (inauguración del templo de Delos). A partir del verano se reaviva la conflictividad en el Peloponeso: los demócratas de Argos se hacen con el poder, tras una breve guerra civil, rompen la alianza con Esparta (plazo previsto, cincuenta años; duración real, uno) y propician el acercamiento a Atenas; por consejo de Alcibiades y con la ayuda de obreros áticos empiezan a levantar murallas entre Argos y el mar. Los lacedemonios invadieron sin demora la Argólida y arrasaron los incipientes muros, pero la ciudad, aunque agotada, resistió ahora y en los años venideros frente a Esparta. En el 416 Alcibiades deportó, con veinte trirremes, a 300 argivos entregados por los demócratas.

Pero el acontecimiento más significativo del año 416, símbolo de las turbaciones por que atraviesa Atenas, fue la conquista de Melos. La isla había recibido ya la visita de la Liga marítima en el 426 y había sido incluida en las listas del tributo con un *phoros* de quince talentos; pero después de la paz de Nicias venía actuando, de hecho, con plena autonomía. Atenas quiso sacar a Melos de su neutralidad, pero no lo consiguió mediante palabras; organizó entonces una considerable expedición, con ayuda de Quíos y Lesbos, y después de un asedio implacable forzó a los melios a la rendición. La Asamblea ateniense extremó de nuevo su crueldad, como en el caso de Mitilene: los hombres capaces de manejar armas fueron ejecutados, las mujeres y niños reducidos a la esclavitud; el territorio de Melos fue ocupado por 500 clerucos atenienses. La responsabilidad de este trato inhumano dejó profunda huella en Grecia y se atribuye en gran parte a Alcibiades, pero además todo el incidente de Melos era una prueba clara de violación del derecho por medio de las armas. En el famoso Diálogo de Melos, auténtico «discurso del método de la filosofía imperialista» en el que Tucídides expresa el espíritu de las conversaciones entre atacantes y asediados, quedó de manifiesto cómo frente a la brutal conveniencia del dominio político que sólo admite el derecho de la fuerza no bastaría a los débiles melios contraponer el derecho a la libertad que tenía cada estado; para descrédito de Atenas, los melios defienden en el Diálogo los principios de la justicia que deberían regir las relaciones entre los griegos, mientras que la Asamblea ateniense —Alcibiades, el ejército asediante, los estrategos— encarnan el símbolo de que la ley natural de la fuerza aniquila las normas del derecho en perjuicio de quienes confían en ellas.

Esparta no hizo nada para evitar la caída de Melos. Sí persistieron ambos contendientes en sus múltiples acciones militares en el norte de Grecia (Tracia, bloqueo de Macedonia). Se pretendía respetar la paz, pero la alianza estaba ya rota.

La expedición a Sicilia

La gran expedición ateniense a Sicilia fue una desgraciada campaña de Atenas en el occidente mediterráneo que estuvo a punto de provocar el final de la Guerra; como durante la misma los

demagogos y la Asamblea crearon un clima de superstición y persecuciones, y con verdadera ceguera y fanatismo contagiaron a todos su espíritu derrotista, que se tradujo en una incompetente dirección política y militar. Tucídides le dedicó nada menos que dos de los libros de su *Historia*, quizá como ejemplificación más concreta de cómo Atenas fraguó su propio fracaso.

Para atender a una solicitud de ayuda de Egesta, con la que Atenas mantenía una alianza, en su lucha contra Selinunte —a la que apoyaba Siracusa—, sin haber previsto suficientemente los riesgos de esa aventura (no obstante los informes favorables que trajo a su regreso de Egesta una embajada enviada al efecto) y guiados por una repentina ambición los atenienses votaron que se fletase una gran armada para la conquista de Sicilia. Cuanto más recordaban Nicias y los moderados las presumibles dificultades que encontrarían en un territorio capaz (en hombres y recursos) y tan alejado como Tracia y Calcídica, que aún esperaban ser reconquistados, mayor belicosidad sacudía a Alcibiades y a quienes estaban seguros de que la victoria sobre la anárquica Sicilia abriría la puerta a un nuevo esplendor ateniense y al dominio de Grecia entera. El mando de la expedición se confió, con poderes extraordinarios, a Alcibiades, Nicias y Lámaco; el primero vio peligrar su puesto cuando, antes de partir la flota, quedó envuelto en el escándalo de haber cometido dos irreverentes sacrilegios: la mutilación de los hermes (pilares de piedra objeto de la veneración popular erigidos en los lugares públicos) y las parodias impías de los misterios de Eleusis. La Asamblea decidió aplazar el juicio de Alcibiades hasta el regreso de la expedición.

La escuadra salió del Pireo poco antes del inicio del verano del 415 y fue a encontrarse en Corcira con los refuerzos de los aliados. Los efectivos totales eran considerables: 134 trirremes y dos penteconteras, 130 embarcaciones de transporte, y una fuerza terrestre compuesta por 5.100 hoplitas y unos 1.300 soldados ligeros (entre ellos 480 arqueros y 700 honderos); los jinetes eran solamente treinta. El esfuerzo económico realizado por las autoridades atenienses para financiar esta operación superaba con creces los tres mil talentos, es decir, los fondos obtenidos por el *phoros* desde la paz de Nicias y otros de la reserva propia. Depués de una breve estancia en Region, desilusionados porque ninguna ciudad los acogía como amigos, los atenienses consiguieron pasar a Sicilia y establecer una base en Catania. Desde allí iniciaron los ataques a Siracusa; fue entonces cuando llegó la orden de que Alcibides regresara a Atenas para responder en juicio por los sacrilegios, pero el Alcmeónida no quiso arriesgarse ante el clima de acusaciones y sospechas que infectaba Atenas y huyó primero a Argos, luego a Esparta; Atenas habría de lamentar esta deserción, pues Alcibiades fue, al parecer, el que aconsejó a los lacedemonios los futuros planes de invasión del Atica e inclinó además a los peloponesios a socorrer urgentemente a Siracusa.

Todo el año 41 transcurre sin que los sucesivos encuentros armados entre siracusanos y atenienses inclinen definitivamente la balanza a favor de uno de los contendientes. Si los estrategos atenienses, después de recibir algunos refuerzos, lograron ocupar el altiplano de las Epípolas, que dominaba Siracusa, y controlar el Gran Puerto. los siracusanos contratacaron con eficacia gracias a la ayuda enviada por Esparta a los sitiados. Las tropas peloponesias traían como comandante al espartano Gilipo, cuyas notables habilidades tácticas le permitieron desalojar a los atenienses de su posición y forzarlos a replegarse al promontorio de Plemirion; desbloqueó de este modo a Siracusa, mientras la infantería y la

marina atenienses sufrían un constante desgaste. Nicias, único en el mando tras la muerte de Lámaco, solicitó refuerzos o la suspensión de la empresa. Unos meses más tarde, en el verano del 413, llegó la expedición ateniense de socorro conducida por el estratego Demóstenes: 73 trirremes con cinco mil hoplitas y unos quince mil hombre más (remeros, auxiliares); de entre ellos, tres mil eran atenienses.

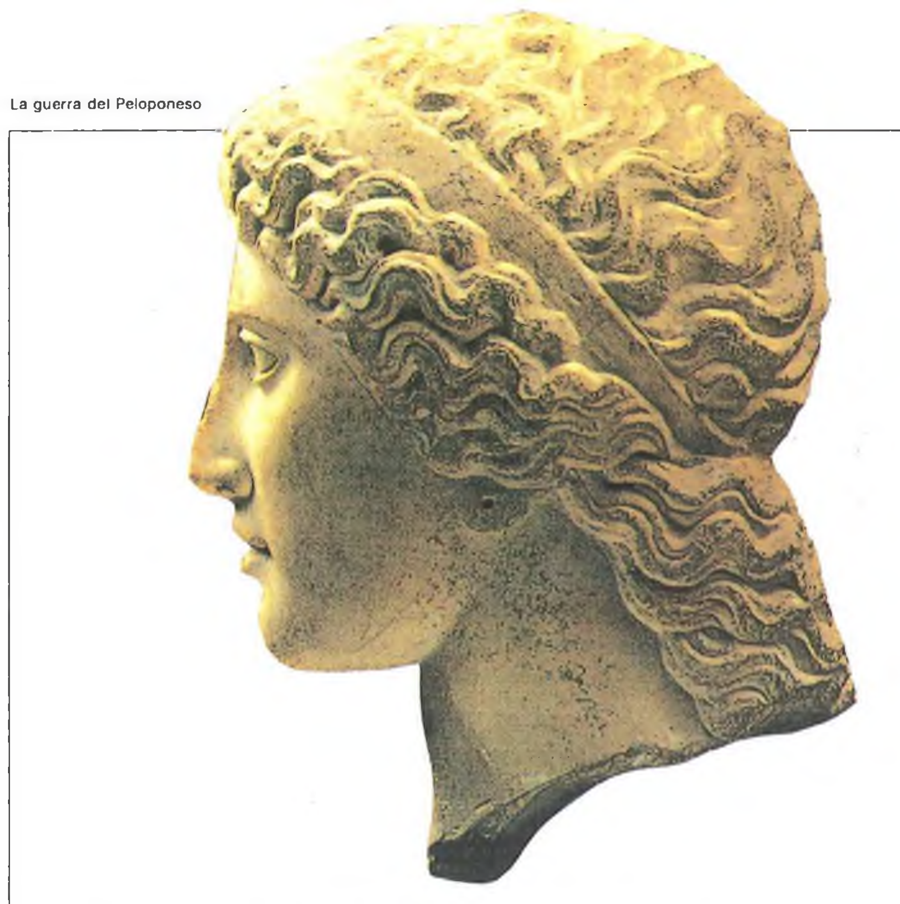
En este momento, la Guerra se había declarado de nuevo oficialmente entre los dos bandos y quedaba, por tanto, anulada la paz de Nicias —de hecho lo había sido ya bastante antes—; alegando que los atenienses habían roto los primeros el tratado cuando un año antes, por ayudar a los argivos, habían atacado las costas de Laconia, en la primavera del 413 el rey Agis llevó a cabo la invasión permanente del Atica y fortificó con una guarnición la localidad de Decelia. Atenas quedaba aislada por tierra, según había aconsejado Alcibiades. Pero la situación en Sicilia era grave: Gilipo tenía inmovilizado al ejército de la alianza ateniense y los ataques de Demóstenes contra las posiciones siracusianas no dieron el fruto apetecido; Demóstenes, partidario de evacuar Sicilia para socorrer a Atenas, se vio frenado por Nicias, temeroso quizá de ser acusado ante los tribunales por su indecisa gestión. Con todo ello escapó una oportunidad inmejorable para la retirada por mar, que resultó ya imposible cuando se perdió casi la mitad de la flota en el Gran Puerto en batalla contra las naves de Corinto y Siracusa. El ejército intentó entonces replegarse hacia el interior del país, pero la caballería siracusiana había ocupado todos los caminos; pudo tomarse una ruta hacia el sur, pero agotados y sin moral, hostigados de cerca por el enemigo, los cuarenta mil hombres caerían muertos o prisioneros. El desastre fue absoluto; los supervivientes acabaron sus días en las canteras de Siracusa o vendidos como esclavos. Nicias y Demóstenes, prisioneros, fueron ejecutados. Así concluyó una aventura cuyo resultado refleja una suma de responsabilidades y errores colectivos de los estrategos y de la Asamblea ateniense (octubre del 413).

3. Ultimas campañas y rendición de Atenas

Atenas había perdido en Sicilia doce mil ciudadanos y 160 trirremes (las cifras totales, añadiendo las fuerzas aportadas por los aliados, eran de cincuenta mil hombres y 216 trirremes); pero ahora los peloponesios impedían desde Decelia cualquier aprovechamiento agrícola del Atica, así como la explotación de las minas de Laurión, y Persia iba a intervenir en la Guerra, mediante la alianza con Esparta, mientras que el gobierno democrático ateniense quedaría transitoriamente desplazado por un sistema oligárquico. El *phoros* federal fue sustituido por una tasa del 5 por 100 percibida sobre las mercancías marítimas entre puertos de la Liga; los ciudadanos acomodados tienen que asociarse para costear los gastos de la trierarquía, y en el 412 la Asamblea autorizó a disponer de los mil talentos apartados en 431 como reserva especial. Los atenienses consumen así sus últimos recursos en los arsenales, en el material naval y en las tripulaciones; sólo por el mar cabe resistir.

La continuación de la guerra y la crisis política

Entre finales del 413 y los primeros meses del 412 Atenas, que sufre la ocupación estable del Atica desde Decelia (razón por la que a esta fase del conflicto, caracterizada también por los sucesos de Jonia, se le ha denominado la Guerra Decélica y Jónica), ha concebido un claro plan: restaurar los efectivos de la flota para oponerse tanto a los barcos que sus adversarios



Cabeza de Hera del Heraion de Samos
(Hacia el 420 a.C.)
Museo Nacional de Atenas

—Lacedemonia, Corinto, Beocia, Fócide— aparejaban como a la escuadra que, según todos temían, llegaría de Sicilia; con esta nueva fuerza podrían además asegurar el necesario aprovisionamiento de grano procedente del Quersoneso y del Mar Negro, y mantener quizá la autoridad entre aquellos aliados más inclinados a abandonar. Para facilitar estas medidas y todas aquéllas útiles al Estado se creó una comisión de diez *probouloi*, formada con buleutas o ciudadanos mayores de cuarenta años, que prácticamente sustituía al Consejo ateniense, la *Boulé*, en sus funciones, especialmente a los pritanos (parte permanente del Consejo). Esparta a su vez desencadena por medio del rey Agis una intensa ofensiva diplomática destinada a atraerse, garantizándoles protección, a las ciudades griegas deseosas de escapar de la alianza ateniense; los eubeos, Lesbos, Quíos, Eritras y otros jonios tratan con los lacedemonios. Pero también los persas trabajan contra Atenas: el Gran Rey exigía de nuevo a los griegos, desde Caria al Helesponto, el pago de tributo, y los sátrapas encargados de cumplir este mandato, Tisafernes y Farnabazo, consideraron que el mejor medio consistía en secundar la política espartana.

Desde la primavera del 412 se rompen las hostilidades. Los atenienses paran en principio los envíos navales desde el Peloponeso a Asia Menor, pero no consiguen evitar que Alcibiades llegue con cinco barcos a Quíos: es el inicio de la defección de Jonia. Sucesivamente, Quíos, Eritras, Clazomene, Teos, Ténedo, Efeso y Mileto se revuelven contra Atenas. Es la Guerra Jónica, cuyos detalles conocemos mal porque aquí acaba la Historia de Tucídides. Mientras la diplomacia espartana concluye en menos de un año tres

tratados de alianza con Persia, en los que reconoce finalmente los derechos del Gran Rey sobre Asia Menor, Atenas realiza esfuerzos desesperados por recobrar a los aliados jonios y sus naves luchan sin descanso en Teos, Quíos, Lesbos y Mileto. Un año después, en la primavera del 411, las operaciones de la alianza medo-espartana y de los atenienses (que aprovechan las tensiones sociales existentes en cada ciudad entre grupos populares y oligarcas) arrojan un cuadro complejo: Atenas ha perdido y recuperado Mitilene, en Lesbos, tiene de nuevo Clazomene y conserva Samos y Halicarnaso; los espartanos controlan Quíos, Cnido y Rodas, mientras que los persas se hallan instalados en Mileto, Colofón y Eritras. En el Helesponto, después de la defección de Abidos y Lámpsaco los atenienses reconquistaron esta última ciudad y se establecieron en Sestos, garantizando de nuevo el paso del trigo póntico hacia el Egeo.

Pero entre mayo del 411 y junio del 410 Atenas sufre una grave crisis política que deroga el sistema democrático; sin usar de la violencia, pero manipulando los mecanismos legales, se suprimirá la Asamblea y la *Boulé* de los 500, así como las magistraturas democráticas, y la autoridad absoluta residirá en un *Consejo de los Cuatrocientos*, soberano y no obligado a rendir responsabilidades. El Consejo señalaba además cuándo debían reunirse los cinco mil ciudadanos a quienes se habían reservado en exclusiva los derechos políticos. También en Samos estalló un movimiento oligárquico similar, pero la flota ateniense allí anclada pudo frenarlo e incluso nombró por su cuenta a Alcibiades como estratego. La pérdida de Bizancio, así como de las islas de Tasos y Eubea (importante productora de grano), provocó la destitución de los Cuatrocientos y la toma del poder por una oligarquía moderada representada por los Cinco Mil, atenienses con la condición de hoplitas en su mayor parte. Los Cinco Mil amnistiaron a Alcibiades y restablecieron relaciones con los demócratas de Samos; luego dejaron paso a la democracia, no sabemos cómo, pues en julio del 410 funcionaban de nuevo la *Boulé* de los 500 y los tribunales populares de jurados.

La guerra de Alcibiades y el fin del conflicto

Durante el interludio oligárquico la escuadra ateniense reconquistó en los mares del Helesponto su antiguo poderío, y para ello contó casi siempre con el concurso de Alcibiades y su flotilla de Samos. En las batallas navales de Cinosema y Abidos (septiembre y octubre del 411) y de Cízico (marzo del 410) los peloponesios perdieron unas 160 trirremes y las esperanzas renacieron en Atenas, tanto más cuanto que Esparta hizo ofertas de paz a la Asamblea, que no fueron tomadas en consideración (suponían la cesión de medio imperio ateniense). Hasta el invierno del 408/7 continúa la guerra naval en Jonia y los estrechos: los atenienses fracasan ante Efeso, pero Alcibiades recupera Perinto, Selimbria, Calcedón y Bizancio. En otros frentes persiste la ofensiva de los peloponesios: el Atica sigue ocupada e incluso el rey Agis intenta sorprender a la guardia de los Largos Muros; los megarenses toman por fin Nisea y los espartanos Pilos. Corcira abandona la alianza ateniense y se declara neutral.

Cuando Alcibiades conoce que ha sido elegido estratego para el año político 407/6 regresa por fin a Atenas; la Asamblea procedió a su rehabilitación y le otorgó incluso plenos poderes como general (junio del 407). Cuatro meses después dirige la flota ateniense hacia Jonia, en donde habría de encontrar a un rival de su talla. En efecto, el cargo de navarca lacedemonio lo desempeñaba ahora Lisandro, buen estratega y militar expeditivo, que había logrado atraerse a los persas y

obtenido la financiación de los sueldos de sus remeros con una paga superior a la que ofrecía la liga ateniense. Y si en principio Alcibiades redujo a las ciudades de Tasos y Abdera, sufrió luego un descuido irreparable que permitió a Lisandro alzarse con la victoria naval de Notio (primavera del 406); Alcibiades no fue reelegido estratego para el año 406/5 y, al conocer la noticia, abandonó definitivamente a los atenienses para refugiarse en sus propiedades del Quersoneso de Tracia. Y precisamente en ese verano del 406 obtuvo Atenas su última victoria: con una escuadra considerable, para cuyo equipamiento contribuyeron los particulares con sus bienes y los templos con los exvotos de valor y que estaba tripulada en parte por esclavos, el estratego Conón derrotó en las islas Arginusas al navarca Calicrátidas, sucesor de Lisandro, que perdió 75 trirremes (agosto del 406). Sin embargo, la victoria costó a Atenas más de cinco mil hombres, lo que unido al hecho de que el mal tiempo impidió recoger a los náufragos desató en la Asamblea un violento debate que terminó condenando a muerte a los estrategos. Medida ilegal y cruel, que fue sin embargo llevada a cabo y que muestra el descontrol de las instituciones en las horas de desesperanza. Para colmo de males, Esparta insistió en negociar y por segunda vez los sectores radicales de la democracia rechazaron esta oferta.

En la primavera del 405 Lisandro regresa al frente de la flota peloponesia y ataca los estrechos, tomando Lámpsaco. Las últimas 180 trirremes de la escuadra ateniense llegaron tarde y quedaron confiadamente a la expectativa; sorprendidas por Lisandro en Egospótamos, sólo una docena escapó a la derrota (finales de agosto del 405). Con la victoria de Egospótamos arrebató Esparta sus últimas posesiones a Atenas en el Helesponto y el Egeo, a excepción de Samos, que resistió hasta el final de la Guerra.

La rendición de Atenas

Cuando los embajadores atenienses llegaron a Esparta se celebró una sesión durante la cual los corintios y los tebanos defendieron con ahínco la postura más dura, como también hicieron otros muchos griegos, de no negociar acuerdos con los atenienses, sino aniquilarlos. Pero los lacedemonios se negaron a reducir a la esclavitud a una ciudad griega que tantos favores había prodigado en las horas en que mayores peligros amenazaron a Grecia, y fijaron la paz en los siguientes términos: debían derruir primero los Largos Muros y la fortificación del Pireo, entregar todas las naves, excepto doce, y aceptar el retorno de los desterrados; tendrían luego los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios y los seguirían tanto por tierra como por mar a cuantas expediciones emprendieran. Teramenes y la delegación que lo acompañaba trajeron esta propuesta a Atenas. A medida que entraban en la ciudad les rodeaba una espesa multitud, cuyo temor era que regresaran de vacío: pues ya no cabían más dilaciones a causa del número de seres que perecían de hambre. Al día siguiente los embajadores expusieron en público bajo qué condiciones los lacedemonios cerrarían la paz: el primero en hablar fue Teramenes y señaló que era ineludible ceder a los lacedemonios y destruir los muros. Aunque un grupo se mostró disconforme, otra parte mucho mayor apoyó sus palabras: se tomó la decisión de aceptar la paz. Después del acuerdo Lisandro fondeó en el Pireo, fueron llegando los desterrados y al ritmo de las tañidoras de flauta empezaron a derribar los muros, entre una inmensa algazara, convencidos de que aquella jornada se producía en Grecia el nacimiento de la libertad.

(Jenofonte, Helénicas, II,2,19-23)

Hacia el mes de octubre Lisandro aparece frente al Pireo, mientras los reyes Agis y Pausanias cercan desde tierra a los atenienses. Ante la efectividad de este bloqueo la rendición por hambre era sólo cuestión de tiempo; así lo entendieron también los atenienses, que pretendieron negociar su suerte primero con Agis y luego con Lisandro, pero ambos les remitieron a las autoridades espartanas.

A Esparta pues hubo de encaminarse una embajada presidida por Teramenes y dotada con plenos poderes, la cual trató de obtener ante el consejo de la Liga del Peloponeso las mejores condiciones para su patria. Esparta se opuso a la destrucción total de Atenas, como algunos de sus aliados postulaban, pero reguló estrictamente la futura situación ateniense: destrucción de las murallas del Pireo y de los Largos Muros, regreso de los desterrados, entrega de todas las naves, salvo doce, y evacuación de todas las posesiones exteriores de Atenas, incluidas las cleruquías; militarmente se obligó a Atenas a depender de la liga peloponesia y a contribuir con fuerzas a sus expediciones. En abril del 404, aceptadas estas condiciones por la Asamblea, Lisandro y los espartanos entraron en el Pireo para ejecutar las cláusulas de la capitulación. Dos meses más tarde se rindió Samos y terminaron las hostilidades abiertas veintisiete años antes.

Consideración final

El remate material de la Guerra del Peloponeso es la eliminación del imperio marítimo ateniense y la sujeción política del Estado ateniense, por corto tiempo, a los dictados de Esparta. Pero el declinar de Atenas arrastró consigo la ruina paulatina de sus adversarios y sumió en profundos trastornos al resto de los griegos. La Guerra del Peloponeso alcanzó globalmente el rango de una guerra civil entre los griegos, cuyos efectos se extendieron incluso a quienes pudieron, a veces a duras penas, permanecer fuera del conflicto. Asombra, en primer término, la magnitud de las implicaciones económicas; todos los recursos propios de los beligerantes resultarán muy dañados tanto por lo que se exige de ellos cuanto porque son atacados, como objetivo militar, por el adversario: campos y plantaciones del Atica, del Peloponeso, de la Grecia Central y de Jonia quedan maltrechos y la población empobrecida; debido a las pérdidas humanas se resentirá el cultivo de numerosos territorios. El endeudamiento de algunos estados por la ayuda exterior recibida —sobre todo de Persia— representará una grave hipoteca política en el futuro, como sucedió por ejemplo al tener que abandonar Jonia y sus mercados; pero simultáneamente se ha condicionado ya para siempre la organización militar griega, que dependerá menos de los ciudadanos que de los ejércitos a sueldo reclutados en cada caso. La desaparición de la Liga marítima conduce además a que fenómenos como el de la piratería, que se abrigaba en los dominios persas, renazcan vigorosamente con sus pesadas secuelas (dificultades de aprovisionamiento, encarecimiento de precios). Son algunos de los problemas que ensombrecieron a los griegos en el siglo IV.

Pero los cambios resultan también apreciables en otros órdenes. Tal como reflejan las obras de Eurípides y Aristófanes, o los escritos de la Sofística, contemporáneos de los años de la Guerra, el conflicto ha desencadenado un proceso político y moral que liquidará las mejores conquistas del espíritu griego en el ámbito de la libertad, de la autonomía y de la justicia. A la imposición de la doctrina del más fuerte contribuyen eficazmente las muchas ocasiones en que se ejercen la feroz crueldad y la impiedad, contrarias a las convenciones de la razón, en que sobre la equidad prevalecen intereses injustificados. El recrudecimiento de las luchas sociales e ideoló-

gicas, polarizadas en torno a la oposición democracia/oligarquía, dejó abierta una herida que a lo largo del siglo IV debilitará alternativamente a unas u otras comunidades; la inestabilidad política constituirá, sin duda, otra herencia forzosa de la Guerra.

Por último, es natural que el sistema de relaciones y alianzas entre estados experimentara asimismo graves alteraciones; no sólo se violaron muchos de los usos de la guerra, que había costado varios siglos establecer, sino que el mismo funcionamiento de las ligas religiosas o de las confederaciones políticas y militares se apartó definitivamente de los mecanismos de igualdad y cooperación para quedar al servicio de la potencia que las equipa o financia. La Guerra del Peloponeso no trajo la ruina de Atenas ni el triunfo de Esparta, sino la derrota colectiva de casi toda Grecia; los verdaderos vencedores fueron los imperios foráneos, los grandes estados periféricos como Persia y Macedonia para quienes la división y agotamiento de los griegos garantizaba, si se administraba con habilidad, el afianzamiento y progresión de sus dominios. Con la furia de las empresas bélicas se destrozó plenamente la obra levantada durante el siglo V.

Cabeza de Hera, procedente de Argos
(Hacia el 420 a.C.)
Museo Nacional de Atenas



Bibliografía

Obras de carácter general

Ehrenberg, V.: *Aristophanes und das Volk von Athen. Eine Soziologie der altattischen Komödie*, Zürich-Stuttgart, 1968.

Fuks, A.: *The Ancestral Constitution. Four Studies in Athenian Party Politics at the End of the Fifth Century B.C.*, London, 1953.

Gomme, A.W.: *A Historical Commentary on Thucydides*, I-IV, Oxford, 1945-1970.

Larsen, J.A.O.: *Greek Federal States*, Oxford, 1968.

Meiggs, R.: *The Athenian Empire*, Oxford, 1972.

Romilly (de), J.: *Thucydide et l'impérialisme athénien. La pensée de l'historien et la genèse de l'oeuvre*, 2.ª ed., París, 1951.

Tucídides: *La Guerra del Peloponeso*, Madrid, 1989.

Will, Ed.: *Le monde grec et l'Orient, I. Le V^e siècle (510-403)*, París, 1972.

El derecho y la guerra

Alonso Troncoso, V.: *La condición de neutral en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.)*, Tes. Doct., Madrid, 1984.

Bengtson, H.: «Die Verträge der griechisch-römischen Welt von 700 bis 338 v. Chr.» *(Die Staatsverträge des Altertums, II)*, 2.ª ed. München, 1975.

Fernández Nieto, F.J.: *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (Epocas arcaica y clásica)*, I-II, Santiago, 1975

La Liga marítima y la Liga del Peloponeso

Kahrstedt, U.: *Griechisches Staatsrecht, I: Sparta uns seine Symmachie*, Göttingen, 1922.

Nesselhauf, H.: *Untersuchungen zur Geschichte der delisch-attischen Symmachie*, Leipzig, 1933.

Meritt, B.D., Wade-Gery, H.T., McGregor, M.F.: *The Athenian Tribute Lists, I-IV*, Princeton, 1939-1953.

Schuller, W.: *Die Herrschaft der Athener im Ersten Attischen Seebund*, Berlin-New York, 1974.

Die Stadt als Tyrann. Athens Herrschaft über seine Bundesgenossen, Konstanz, 1978.

Wickert, K.: *Der peloponnesische Bund von seiner Entstehung bis zum Ende des Archidamischen Krieges*, Diss. Erlangen 1961.

Los orígenes del conflicto y la Guerra Arquidámica

Kagan, D.: *The Archidamian War*, Ithaca-London, 1974.

Sainte-Croix (de), G.E.M.: *The Origins of the Peloponnesian War*, London, 1972.

Will, Ed.: *«Au sujet des origines de la guerre du Péloponnèse»,* RPh 49, 1975, pp. 93-100.

Wirth, G. (edit.): *Perikles und seine Zeit,* Darmstadt, 1979.

Woodhead, A.G.: «Thucydides Portrait of Cleon», *Mnemosyne,* Ser. 4, 13, 1960, pp. 289-317.

De la paz de Nicias a la expedición a Sicilia

Aurenche, O.: «Les groupes d'Alcibiade, de Léogoras et de Teucros», *Remarques sur la vie politique athénienne en 415 av. J.C.,* París, 1974.

Bloedow, E.F.: *Alcibiades reexamined,* Wiesbaden, 1973.

Deininger, G.: *Der Melierdialog,* Diss. Erlangen, 1939.

Hatzfeld, J.: *Alcibiade. Étude sur l'histoire d'Athènes à la fin du V[e] siècle,* París, 1940.

Wentker, H.: *Sizilien und Athen,* Heidelberg, 1956.

Westlake, H.D.: *Essays on the Greek Historians and Greek History,* Manchester-New York, 1969.

El último decenio de la guerra y la caída de Atenas

Cloché, P.: *La restauration démocratique à Athènes en 403 av. J.C.,* Paris, 1915.

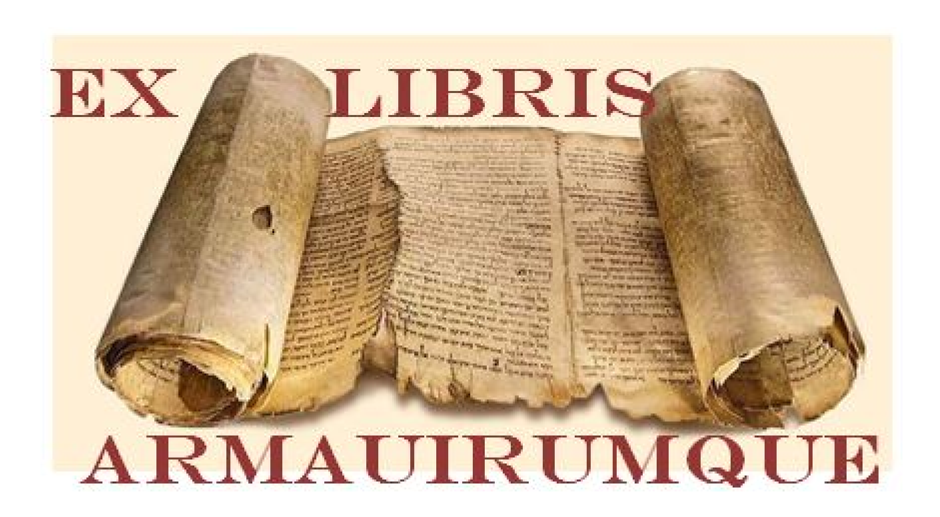
Flach, D.: «Der oligarchische Staatsstreich in Athen vom Jahr 411», *Chiron 7,* 1977, pp. 9-33.

Hackl, U.: *Die oligarchische Bewegung in Athen am Ausgang des 5. Jahrhunderts v. Chr.,* Diss. München, 1960.

Lévy, E.: *Athènes devant la défaite de 404,* Athènes, 1976.

Lotze, D.: *Lysander und der Peloponnesische Krieg,* Berlín, 1964.

Wolff, H.: «Die Opposition gegen die radikale Demokratie in Athen bis zum Jahre 411 v. Chr.», ZPE 36, 1979, pp. 279-302.





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*